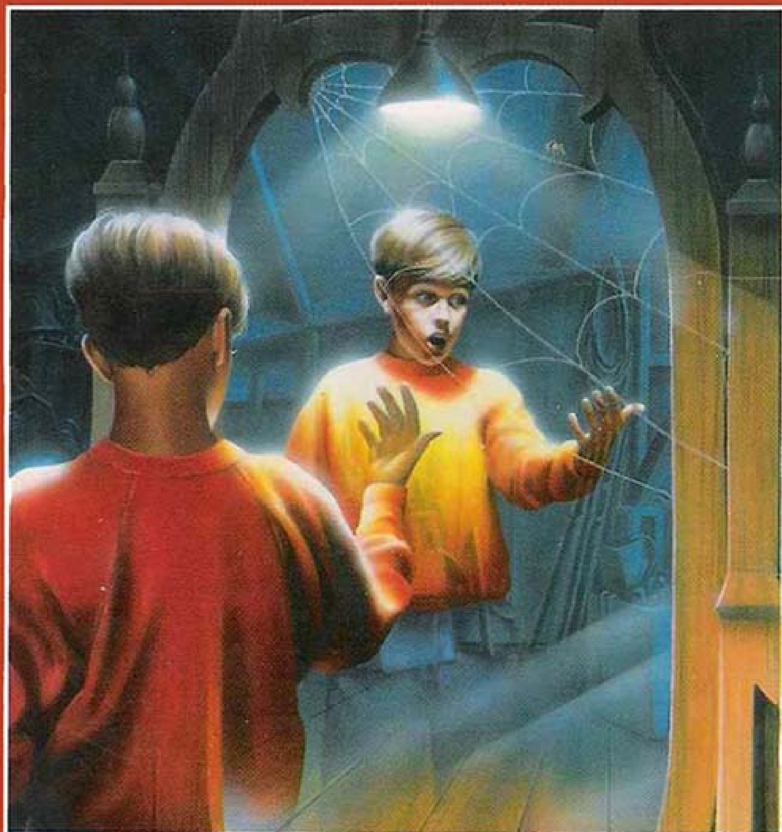
R.L. STINE

Pesadillas

¡INVISIBLES!



El día de su cumpleaños, Max encuentra en el ático de su casa una especie de espejo mágico.

Este puede convertirlo en invisible. A partir de ese momento Max y sus amigos empiezan a practicar el juego del escondite. Pero Max se da cuenta de que esta perdiendo el control. Cuanto más tiempo permanece invisible, más difícil le resulta volver atrás.

Hacerse invisible llega a ser un juego peligroso. La proxima vez que Max se haga invisible ¿podrá regresar o se quedara así para siempre?



R. L. Stine

¡Invisibles!

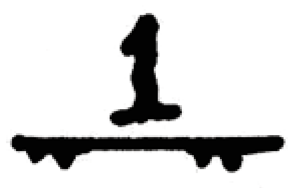
Pesadillas - 8

ePUB r1.2
nalasss 23.08.13

Título original: *Goosebumps #6: Let's Get Invisible!*
R. L. Stine, 1993
Traducción: Concha Pérez
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0





Me hice invisible por primera vez justo el día que cumplí doce años.

La culpa, en cierto modo, la tuvo mi perro. *Nieve* es un perro sin raza determinada, y le pusimos este nombre porque es completamente negro. Lógico, ¿verdad?

Si Nieve no hubiera sido tan curioso, no habríamos corrido la aventura de la buhardilla.

Pero, me estoy precipitando. Vale más que empiece esta historia por el principio.

Celebré la fiesta de mi cumpleaños un sábado y recuerdo que ese día estaba cayendo un fuerte chaparrón. Faltaban pocos minutos para que llegaran mis invitados y yo estaba acabando de arreglarme. Bueno, en realidad dando los últimos toques a mi peinado.

Mi hermano siempre se mete con mi pelo. Se burla de mí porque paso mucho tiempo delante del espejo observando cómo voy peinado o si tengo el pelo revuelto o si no llevo la raya bien hecha.

Pero es que lo que más me gusta de mí es el pelo. Yo creo que es excepcional: de color castaño, grueso y con ondas y, claro, tengo que cuidarlo y llevarlo siempre bien peinado.

Mis orejas, por el contrario, no me gustan. Son muy grandes y están bastante despegadas de la cabeza. Así que para mí es muy importante que queden cubiertas por el cabello.

—Max, llevas el pelo revuelto por detrás —dijo mi hermano, Zurdi, colocándose a mis espaldas mientras yo me miraba en el espejo de la entrada.

En realidad se llama Noah, pero yo le llamo Zurdi porque es la única persona zurda de la familia. Estaba lanzando una pelota al aire y recogiéndola con la mano izquierda. Ya sabía él que no debía jugar a pelota dentro de casa, pero lo hacía igualmente.

Zurdi tiene dos años menos que yo. No es que sea malo, pero nunca puede quedarse quieto. Siempre tiene que estar jugando con una pelota, tamborileando con las manos en la mesa, tirando cosas, corriendo de un lado a otro, cayéndose, saltando, peleándose conmigo. Ya os lo podéis imaginar. Mi padre dice que Zurdi tiene el baile de san Vito, que significa que nunca se está quieto.

Me di la vuelta y giré la cabeza para ver cómo llevaba el pelo por detrás.

—No está revuelto, mentiroso —le dije.

—¡A ver tus reflejos! —me gritó Zurdi, y me tiró la pelota.

Fallé, y la pelota pegó con gran estrépito contra la pared, justo debajo del espejo. Zurdi y yo contuvimos el aliento y esperamos a ver si mamá lo había oído. Pero no. Creo que estaba en la cocina ocupada con mi pastel de cumpleaños.

—Pareces tonto —le susurré—. Casi rompes el espejo.

—Tú sí que eres tonto —replicó. Típico.

—¿Por qué no aprendes a tirar la pelota con la derecha? Así yo podría atraparla de vez en cuando —le dije. Me encantaba pincharlo, y la verdad es que no aguantaba que me lanzara la pelota con la izquierda.

—Eres idiota —me contestó, recogiendo la pelota.

Ya estaba acostumbrado. Zurdi repetía esta palabra cientos de veces al día y creo que así se sentía muy inteligente.

Para tener sólo diez años se porta bastante bien, pero su vocabulario es muy pobre.

—Pareces Dumbo —me dijo, refiriéndose a mis orejas.

Sabía que estaba mintiendo, y ya iba a responderle, cuando el timbre de la puerta sonó.

Corrimos los dos por el estrecho vestíbulo hasta la puerta principal.

—¡Oye, es mi fiesta, y no la tuya! —le dije.

Pero Zurdi llegó primero y abrió la puerta.

Zack, mi mejor amigo, empujó la puerta y entro corriendo.

Había comenzado a llover a cántaros y estaba empapado.

Me entregó un regalo envuelto en un papel plateado y chorreante.

—Son historietas —me contó—. Ya las he leído. *Fuerza-X* es muy guay.

—Gracias —le dije—. No se han mojado mucho.

Zurdi me arrebató el regalo y corrió con él a la sala.

—¡No lo abras! —le grité, pero él me contestó que sólo quería hacer una pila de regalos.

Zack se quitó la gorra de su equipo favorito y descubrí su nuevo corte de pelo.

—¡Eh! estás… cambiado —le dije, mientras observaba su nuevo aspecto. Zack es moreno y llevaba el pelo muy corto por el lado izquierdo y largo y repeinado por el lado derecho.

—¿Vendrán también niñas o sólo niños? —me preguntó.

—Vienen algunas niñas —le dije—. Erin, April y a lo mejor mi prima Debra. —Yo sabía que a él le gustaba Debra.

Movió la cabeza, pensativo. Zack es muy serio, tiene ojos azules y pequeñitos que parecen mirar a lo lejos, como si estuviera pensando detenidamente sobre algo. Parece una persona muy profunda.

Vive con intensidad. No es que sea nervioso, sino, sencillamente atento. Y muy competitivo. Se propone ganar en todo. Si queda el segundo se enfada muchísimo y da patadas a los muebles. Ya sabéis a qué me refiero.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Zack, sacudiéndose las gotas de lluvia de la gorra.

—Se suponía que íbamos a salir al patio —respondí, encogiéndome de hombros—. Esta mañana mi papá ha instalado la red de voleibol, pero antes de que comenzara a llover. Yo he alquilado unas películas. Quizá las veamos.

Sonó el timbre de la puerta. Otra vez apareció Zurdi, como salido de la nada, nos empujó a Zack y a mí hacia un lado y se abalanzó a la puerta.

—¡Ah! Eres tú —le oí decir.

—Gracias por la bienvenida —reconocí la voz chillona de Erin. Algunos niños la llaman «ratoncita» por la voz y porque es

pequeñita como un ratón. Tiene el pelo rubio, corto y liso. Yo la encuentro bonita pero, claro, no se lo diría a nadie.

—¿Podemos entrar? —reconocí a continuación la voz de April. Es la otra niña de nuestro grupo. Tiene el pelo negro y rizado, y los ojos oscuros y tristes. Siempre había pensado que ella era realmente triste, pero después me di cuenta de que sólo es tímida.

—La fiesta es mañana —oí que les decía Zurdi.

—¿Qué? —exclamaron ambas con sorpresa.

—No es verdad —grité yo. Me fui hasta la entrada, empujé hacia un lado a Zurdi y abrí la puerta para que Erin y April pudieran entrar—. Ya conocéis los chistes de Zurdi —les dije, aprisionando a mi hermano contra la pared.

—Zurdi es un chiste —dijo Erin.

—Y tú tonta —replicó Zurdi. Lo presioné aún más contra la pared, recostándome en él con todo mi peso, pero logró escurrirse y se escapó.

—Feliz cumpleaños —dijo April, sacudiendo la lluvia de su pelo rizado. Me entregó un regalo envuelto en papel de Navidad—. Es el único papel que teníamos —me explicó cuando se dio cuenta de que me había quedado mirándola fijamente.

—Yo también te deseo una feliz Navidad —le dije en broma.

El regalo parecía ser un disco compacto.

—A mí se me ha olvidado traerte el regalo —intervino Erin.

—¿Qué es? —le pregunté, siguiéndolas hacia la sala.

—No lo sé. Todavía no lo he comprado.

Zurdi me quitó de las manos el regalo de April y corrió a ponerlo encima del regalo de Zack, en la esquina detrás del sofá.

Erin se dejó caer en el sofá de cuero blanco, frente a la silla de brazos. April se quedó al lado de la ventana, observando la lluvia.

—Íbamos a freír unos perritos calientes —dije.

—Hoy habrían quedado bastante aguados —contestó April.

Zurdi se puso detrás del sofá sin dejar de tirar la pelota al aire y de recogerla con una sola mano.

—Vas a romper la lámpara —le advertí.

Naturalmente, no me hizo caso.

—¿Quién más viene? —preguntó Erin.

Antes de que pudiera contestar, sonó nuevamente el timbre de la

puerta. Zurdi y yo corrimos hacia allá, pero él se enredó con sus zapatillas de tenis y se cayó de frente. Típico de él.

A las dos y media habían llegado todos, quince niños en total, y la fiesta comenzó. Bueno, en realidad no comenzó porque no decidíamos qué hacer. Yo quería ver la película *Terminator*, que había alquilado. Pero las niñas querían jugar a trabalenguas.

—Es mi cumpleaños —insistí.

Llegamos a un acuerdo. Primero jugamos a trabalenguas y después vimos algo de la película *Terminator* hasta que llegó la hora de comer.

La fiesta salió muy bien. Creo que todos se lo pasaron en grande. Hasta April parecía estar divirtiéndose. Por lo general era muy callada y se ponía nerviosa en las fiestas.

Zurdi tiró su Coca-Cola y se comió el pastel de chocolate con las manos porque pensó que así hacía más gracia. Era el único maleducado del grupo.

Le dije que la única razón por la cual había sido invitado era porque pertenecía a la familia y no había dónde llevarlo. Su contestación fue abrir la boca completamente y enseñarnos a todos la tarta de chocolate masticada que tenía dentro.

Después de abrir los regalos volví a poner la película, pero todos comenzaron a marcharse. Creo que eran como las cinco, aunque parecía mucho más tarde. Fuera estaba oscuro, como si fuera de noche, bajo la tempestad.

Mis padres estaban en la cocina limpiando. Erin y April eran las únicas que quedaban. La madre de Erin debía recogerlas y había llamado para decir que tardaría un poco. Nieve estaba parado frente a la ventana de la sala, ladrando a más no poder. Miré hacia fuera. No vi a nadie, así que lo cogí y lo aparté de la ventana.

—Subamos a mi habitación —sugerí cuando logré que el perro se callara—. Tengo un nuevo juego de Nintendo y quiero probarlo.

Erin y April me siguieron encantadas al segundo piso. No sé por qué, no les gustaba la película *Terminator*.

El corredor del segundo piso estaba completamente oscuro. Apreté el interruptor de la luz, pero la lámpara no se encendió.

—Debe de haberse fundido la bombilla —dije.

Mi habitación quedaba al fondo del corredor. Nos desplazamos

lentamente en medio de la oscuridad.

—Da un poco de miedo estar aquí arriba —susurró April.

No había acabado de decir esto, cuando la puerta del armario de la ropa blanca se abrió de golpe y una cosa oscura se abalanzó sobre nosotros rugiendo.

2

La extraña criatura, sin hacer caso de los gritos de las niñas, me cogió por la cintura y me tiró al suelo.

—Zurdi, ¡suéltame! —le grité furioso—. No te hagas el gracioso.

Se partía de risa y se creía muy chistoso.

—¡Te he engañado! —chilló—. ¡Has caído en la trampa!

—No nos has asustado —dijo Erin—. Sabíamos que eras tú.

—Entonces ¿por qué habéis gritado? —preguntó Zurdi.

Erin no pudo responder.

Empujé a mi hermano y me puse en pie.

—Qué tonterías haces, Zurdi.

—¿Cuánto tiempo has estado esperando dentro del armario? —preguntó April.

—Bastante rato —le contestó Zurdi. Iba a ponerse de pie, pero Nieve corrió hasta donde él estaba y se puso a lamerle la cara frenéticamente. Le hacía tantas cosquillas que Zurdi se cayó de espaldas, muerto de risa.

—También has asustado a Nieve —le dije.

—Claro que no. Nieve es más inteligente que vosotros —respondió Zurdi, quitándose de encima al perro.

Nieve comenzó a husmear la puerta situada al otro lado del pasillo.

—¿Adónde conduce esa puerta, Max? —preguntó Erin.

—A la buhardilla —le dije.

—¿Tenéis buhardilla? —exclamó Erin, como si fuera algo del otro mundo—. ¿Qué hay allá arriba? Me encantan las buhardillas.

—¿Sí? —le dije incrédulo en medio de la oscuridad. Algunas veces las niñas son rarísimas. Quiero decir, ¿cómo pueden gustarle a alguien las buhardillas?

»Ahí sólo hay los trastos viejos de mis abuelos —proseguí—. Esta era su casa y mis padres dejaron en la buhardilla muchas de sus cosas. Rara vez subimos allí.

—¿Podemos subir y echar un vistazo? —preguntó Erin.

—Supongo que sí —le dije—. No creo que sea nada emocionante.

—Me encantan los trastos viejos —dijo Erin.

—Pero está tan oscuro —susurró April. Creo que estaba un poco asustada.

Abrí la puerta y busqué el interruptor de la luz. Se encendió una lámpara del techo que arrojó sobre nosotros una luz amarilla tenue. Nos quedamos mirando fijamente los escalones empinados de madera.

—¿Ves? Allá arriba sí hay luz —le dije a April. Yo empecé a subir y los escalones crujieron bajo mi peso. Se proyectaba mi sombra alargada—. ¿Venís?

—La madre de Erin llegará en cualquier momento —dijo April.

—Sólo un segundo —dijo Erin, empujando suavemente a April —. Ven.

Nieve pasó entre nosotros mientras subíamos, meneando la cola con emoción; las uñas de sus patas arañaban los escalones de madera. Cuando habíamos llegado a la mitad de la escalera, el aire se hizo caliente y seco.

Me detuve en el escalón más alto y miré a mi alrededor. La buhardilla era alargada y estaba llena de muebles viejos, cartones, vestidos raídos por el tiempo, cañas de pescar, pilas de revistas amarillentas y toda clase de trastos.

—Huele todo a viejo —dijo Erin, pasando delante de mí y dando unos pasos por el gran espacio. Tomó una bocanada de aire—. ¡Me encanta este olor!

—Mira que eres rara —le dije.

La lluvia golpeaba el techo, resonando escandalosamente en la habitación. Parecía como si estuviéramos debajo de unas cataratas.

Los cuatro nos pusimos a caminar por la buhardilla, explorando.

Zurdi seguía lanzando su pelota contra las vigas de madera del techo y la recogía cuando rebotaba hacia abajo. Me di cuenta de que April no se separaba de Erin. Nieve husmeaba con insistencia a lo largo de la pared.

—¿Crees que aquí hay ratones? —preguntó Zurdi con una endiablada sonrisa en su cara. Vi que a April se le abrían los ojos como platos—. ¿Ratones gordos a los que les encanta subirse por las piernas de las niñas? —añadió Zurdi para molestar.

Mi hermano pequeño tiene un gran sentido del humor.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó April, algo impaciente y dirigiéndose hacia la escalera.

—Mira estas revistas viejas —exclamó Erin sin hacerle caso. Tomó una y la empezó a hojear—. Mirad esto. ¡Los vestidos de las modelos son divertidísimos!

—Oye, ¿qué está haciendo Nieve? —preguntó de pronto Zurdi.

Seguí su silueta con la mirada hasta la pared más alejada. Detrás de una pila de cartones, veía la cola de Nieve agitándose. También lo oía escarbar furiosamente.

—Nieve, ¡ven aquí! —le ordené.

Ni caso. Se puso a escarbar con más fuerza.

—Nieve, ¿qué haces?

—Estará despedazando un ratón —sugirió Zurdi con malicia.

—¡Yo me voy de aquí! —exclamó April.

—¿Nieve? —Di la vuelta a una mesa vieja de comedor y crucé la atestada buhardilla. No tardé en caer en la cuenta de que mi perro estaba escarbando en la parte inferior de una puerta—. Mirad —les grité a los demás—. Nieve ha descubierto una puerta escondida.

—¡Qué maravilla! —exclamó Erin apresurándose a alcanzarme.

Zurdi y April venían detrás de ella.

—Yo no sabía que esto existía —dije.

—Tenemos que indagar qué hay al otro lado —propuso Erin.

Y así fue como empezaron los líos.

Ahora entendéis por qué digo que Nieve tuvo toda la culpa, ¿o no? Si el tonto de mi perro no se hubiera puesto a husmear y a escarbar por ahí, quizá nunca habríamos encontrado la puerta escondida de la buhardilla.

Y nunca habríamos descubierto el emocionante, y aterrador,

secreto que nos aguardaba detrás de esa puerta de madera.

3

—Nieve. —Me arrodillé y cogí al perro—. ¿Qué te pasa, perrito?

Tan pronto como lo aparté de la puerta, Nieve perdió todo su interés por ella y corrió a husmear en otra esquina. ¡Qué poco había durado su atención! Ésa, supongo, es la diferencia entre los perros y las personas.

La lluvia continuaba cayendo a cántaros, haciendo un estrépito constante sobre nuestras cabezas. Oía el silbido de la brisa al dar la vuelta a la esquina de la casa. Era una auténtica tormenta de primavera.

La puerta tenía un cerrojo herrumbroso a media altura, que no nos costó quitar, y la pieza de madera torcida comenzó a abrirse incluso antes de que tirásemos de ella.

Las bisagras rechinaban a medida que la puerta giraba hacia mí, dejando al descubierto una negrura total al otro lado.

Antes de que hubiera abierto la mitad de la puerta, Zurdi se escurrió por debajo de mí y se introdujo en el cuarto oscuro.

—¡Un cadáver! —gritó.

—¡Noooo! —exclamaron al unísono April y Erin, aterrorizadas. Pero yo ya conocía las bromitas de mi hermano.

—No está mal, Zurdi —le dije, y lo seguí a través del vano de la puerta.

Naturalmente, sólo pretendía fastidiar.

Me encontré en un cuarto pequeño y sin ventanas. La única iluminación procedía de la luz amarillenta que emitía la lámpara colgada en el centro de la buhardilla, detrás de nosotros.

—Abre bien la puerta para que entre la luz —le pedí a Erin—. Aquí dentro no se ve nada.

Erin terminó de abrir la puerta y puso un cartón para que no se cerrara. Después, ella y April entraron también en el cuarto donde estábamos Zurdi y yo.

—Es demasiado grande para ser una despensa —observó Erin con una voz aún más chillona que de costumbre—. ¿Qué será?

—Sencillamente un cuarto, creo —dije mientras esperaba que mis ojos se adaptaran a la penumbra.

Avancé otro paso y, al tiempo que lo hacía, una figura negra se acercó a mí.

Grité y salté hacia atrás.

La otra persona me imitó.

—Es un espejo, imbécil —me dijo Zurdi y se echó a reír.

Al momento los cuatro estábamos riéndonos con una risa nerviosa y estridente.

Pues sí, lo que teníamos delante de nosotros no era más que un espejo. Lo distinguía con claridad, gracias a la luz amarillenta que se filtraba dentro del cuarto.

El espejo era rectangular, grande, unos sesenta centímetros más alto que yo, y con un marco de madera oscura. Se apoyaba en una base también de madera.

Me acerqué y mi reflejo se movió hacia a mí para saludarme. Me sorprendí de que mi imagen fuera tan nítida. No había polvo en el vidrio, a pesar de que nadie había estado allí en muchos años.

Me planté enfrente para mirarme el pelo.

Para eso son los espejos, ¿o no?

—¿Quién pondría un espejo solo, sin nada más, en un cuarto? —preguntó Erin. Podía observar su imagen oscura en el espejo, como a un metro detrás de mí.

—A lo mejor se trata de un mueble valioso o de algo por el estilo —contesté mientras buscaba un peine en el bolsillo del pantalón—. Como una antigüedad.

—¿Tus padres lo pusieron aquí? —preguntó Erin.

—No sé —respondí—. Tal vez perteneciera a mis abuelos. La verdad, no lo sé.

Me pasé el peine por el pelo varias veces.

—¿Nos vamos? Esto no es muy emocionante —dijo April. Se había quedado en medio de la puerta, sin atreverse a entrar más.

—Quizá sea un espejo de feria —dijo Zurdi, empujándome a un lado para hacer muecas frente al espejo, a pocos centímetros del vidrio—. Vosotros no los habéis visto, pero están en los parques de atracciones y cuando uno se mira en ellos parece como si tuviera el cuerpo con forma de huevo.

—Tú ya tienes forma de huevo —le dije riéndome, mientras lo empujaba a un lado—. Al menos tu cabeza.

—Y tú eres un huevo podrido —me replicó—. Hueles mal.

Me miré en el espejo. Me veía normal, sin ninguna deformación.

—April, entra —le pedí—. No dejas que pase la luz.

—¿Por qué no nos vamos, mejor? —imploró. De mala gana se movió dando unos pequeños pasos hacia dentro—. ¿A quién le puede importar un espejo viejo?

—Mira —le dije señalando. Me acababa de dar cuenta de que había una lámpara en la parte superior del espejo. Tenía forma ovalada. Estaba hecha de bronce o de algún otro metal. La bombilla era larga y estrecha, casi como un tubo fluorescente, pero más corta.

La miré detenidamente, tratando de adivinar cómo funcionaba.

—¿Por dónde se encenderá?

—Hay una cadena —dijo Erin acercándose a mí.

Así era. Una cadena delgada colgaba del lado derecho de la lámpara, hasta unos treinta centímetros por debajo del borde superior del espejo.

—¿Funcionará? —pregunté.

—Seguramente la bombilla estará fundida —comentó Zurdi. Este Zurdi siempre tan optimista.

—Hay una sola forma de saberlo —dije. Me puse de puntillas y extendí el brazo hacia arriba para alcanzar la cadena.

—Ten cuidado —me advirtió April.

—¿Por qué? No es más que una lámpara —le dije.

Esas palabras se harían famosas.

Me estiré para alcanzar la cadena. No pude. Lo intenté de nuevo y, al segundo intento, la alcancé y tiré de ella.

La lámpara se encendió con un fulgor deslumbrante. Después

disminuyó la intensidad de la luz y se convirtió en una iluminación normal. La luz, muy blanca, se reflejaba en el espejo.

—Así está mejor —exclamé—. Ilumina todo el cuarto. Cuánto brilla, ¿verdad?

Nadie respondió.

—Cuánto brilla, ¿verdad?

Mis compañeros continuaban en silencio.

Me volví y me sorprendí al descubrir una expresión de horror en las tres caras.

—¿Max? —sollozaba Zurdi, mirando hacia mí fijamente, con los ojos prácticamente fuera de las órbitas.

—Max, ¿dónde estás? —lloraba Erin. Se volvió hacia April—. ¿Adónde se ha ido?

—Estoy aquí —les contesté—. No me he movido.

—¡Pero es que no podemos verte! —dijo April hecha un mar de lágrimas.

4

Mis tres compañeros eran todo ojos, pero yo pensaba que me estaban tomando el pelo.

—Por favor, no os esforcéis —dije—. No soy tan tonto como parezco y no me voy a tragar esta historia.

—Pero Max —insistió Zurdi—. ¡Estamos hablando en serio!

—No te podemos ver —repitió Erin.

Qué tontería.

De repente, la luz empezó a hacerme daño en los ojos. Parecía volverse más brillante y fulguraba ante mi cara.

Cubriéndome los ojos con una mano, estiré la otra hacia arriba y tiré de la cadena.

La luz se apagó; sin embargo, yo todavía notaba los efectos de su intensidad. Parpadeé varias veces pero delante de mis ojos seguían flotando puntos brillantes.

—¡Por fin has vuelto! —me gritó Zurdi. Se levantó, me agarró del brazo y me lo estrujó como probando a ver si era de carne y hueso.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, ya enfadado. Me estaba poniendo enfermo—. No me he creído nada, Zurdi. Así que, ¿por qué insistes?

Para mi sorpresa, Zurdi no se separó de mí. Se quedó aferrado a mi brazo como si tuviera miedo de soltarlo.

—No era broma, Max —insistió Erin en voz bajita—. De verdad, no te veíamos.

—Debe de ser por la luz del espejo —dijo April. Ella estaba

pegada a la pared junto a la puerta—. Todo estaba tan brillante… Creo que fue una ilusión óptica o algo así.

—No era una ilusión óptica —le dijo Erin—. Yo estaba junto a Max y no lo veía.

—Estaba invisible —añadió solemnemente Zurdi.

—Lo que queréis es asustarme —dije riendo—. Y lo estáis haciendo bastante bien.

—¡Tú sí nos has asustado a nosotros! —exclamó Zurdi. Me soltó el brazo y se paró frente al espejo.

Seguí su mirada.

—Ahí estoy —dije señalando mi imagen. Un mechón de pelo rebelde asomaba por detrás de mi cabeza y lo devolví con esmero a su lugar.

—Salgamos de aquí —rogó April.

Zurdi se puso a tirar la pelota al aire, mientras observaba su imagen reflejada.

Erin se fue detrás del espejo.

—Aquí está muy oscuro. No se ve nada —dijo.

Dio la vuelta, se puso delante del espejo y miró fijamente a la lámpara ovalada, arriba.

—Desapareciste justo en el momento de encender la lámpara.

—¡Estás hablando en serio! —exclamé. Comencé a creer que no estaban bromeando.

—Eras invisible, Max —dijo Erin—. De verdad. Desapareciste.

—Tiene razón —convino Zurdi, lanzando la pelota al aire y recogiéndola mientras se admiraba en el espejo.

—Ha sido una ilusión óptica —insistió April—. ¿A qué viene darle tanta importancia?

—No ha sido una ilusión —insistió Erin.

—Cuando encendió la luz del espejo, desapareció en medio de un relámpago —dijo Zurdi. La pelota cayó de sus manos, rebotó sonoramente en el piso de madera y rodó detrás del espejo.

Titubeó por un instante. Luego se adentró en la oscuridad para recuperarla y regresó corriendo pocos segundos después.

—Realmente te has hecho invisible, Max —dijo.

—De verdad —añadió Erin.

—Dadme una prueba —les dije.

—Vayámonos —rogó April.

—¿Qué quieres decir con eso de que te demos una prueba? —preguntó Erin dirigiéndose a mi imagen oscura reflejada en el espejo.

—Que me lo enseñéis —dije.

—¿Que hagamos lo mismo que has hecho tú? —inquirió Erin, dándose la vuelta para hablar conmigo y no con mí reflejo.

—Sí —le dije—. Vuélvete invisible tú también. Lo mismo que he hecho yo.

Erin y Zurdi me miraron; mi hermano boquiabierto.

—Menuda tontería —dijo April.

—Me pido hacerlo —intervino Zurdi, y se plantó delante del espejo.

—Tú no —le dije, tirándole de los hombros—. Eres muy pequeño.

Trató de soltarse, pero lo agarré con fuerza.

—¿Por qué no lo haces tú, Erin? —le pedí, cogiendo a Zurdi por la cintura para que no se acercara al espejo.

—Bueno, creo que lo intentaré —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Zurdi dejó de forcejear. Yo lo solté un poquito.

Erin se colocó delante del espejo, frente a su imagen oscura y borrosa.

Se puso de puntillas, se estiró hacia arriba y tomó en sus manos la cadena de la lámpara. Me miró de reojo y sonrió al tiempo que decía:

—Allá voy.



La cadena se le soltó de las manos.

Se estiró de nuevo y volvió a agarrarla.

Justo cuando iba a tirar de ella, la interrumpió una voz de mujer procedente del piso de abajo:

—¡Erin! ¿Estás allá arriba? ¿April?

Reconocí la voz. Era la madre de Erin.

—Sí. Estamos aquí arriba —gritó Erin, y soltó la cadena.

—Daos prisa, ya es tarde —dijo su madre—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo ahí arriba?

—Nada —le gritó Erin. Se volvió hacia mí encogiéndose de hombros.

—¡Por fin salimos de aquí! —exclamó April, y corrió hacia la escalera.

Todos la seguimos, haciendo crujir los escalones de madera bajo nuestro peso.

—¿Qué estabais haciendo arriba? —preguntó mi madre cuando estábamos todos en la sala—. Debe de haber tanto polvo en la buhardilla que no entiendo cómo no os habéis ensuciado.

—Sólo estábamos mirando —le dije.

—Nos pusimos a jugar con el espejo viejo —añadió Zurdi—. Fue muy interesante.

—¿Con un espejo? —La madre de Erin cruzó una mirada de desconcierto con la mía.

—Hasta pronto —dijo Erin tirando de su madre en dirección a la puerta principal. La lluvia había cesado finalmente. Me quedé en la

puerta viendo cómo sorteaban los charcos hasta llegar al automóvil.

Cuando regresé a la sala, Zurdi lanzaba la pelota al aire e intentaba recogerla con la espalda. Falló. La pelota rebotó en el suelo, salió despedida hacia una mesita y tumbó un florero grande lleno de tulipanes que había sobre ella.

¡Qué escándalo!

El florero se hizo pedazos, los tulipanes salieron volando por los aires y el agua se derramó sobre la alfombra.

Mi madre se llevó las manos a la cabeza y murmuró algunas palabras mirando hacia el cielo, como hace siempre que algo anda mal.

Luego se enfadó con Zurdi, y se puso a gritarle: «¿Cuántas veces tengo que decirte que no juegues a pelota dentro de casa?», y cosas por el estilo.

Siguió regañándolo durante un buen rato, mientras Zurdi, refugiado en una esquina, intentaba hacerse cada vez más y más pequeñito. No dejaba de repetir que lo sentía mucho, pero mi madre gritaba tanto que no creo que lo oyera.

Apuesto a que Zurdi deseaba volverse invisible en ese momento. Pero le tocaba aguantar la regañina.

Luego, los dos nos pusimos a recogerlo todo y, pocos minutos después, mi hermano volvía a jugar a pelota en la sala.

Eso es lo que pasa con Zurdi. Nunca aprende una lección.

Durante vanos días ni siquiera me acordé del espejo. Estuve ocupado con los deberes de la escuela y tuve que ensayar para el concierto de primavera. Sólo formo parte del coro, pero aun así me toca ir a todos los ensayos.

Vi a Erin y a April varias veces en la escuela, pero ninguna de las dos mencionó nada sobre el espejo. Creo que también a ellas se les había olvidado lo sucedido. O quizá todos tratamos de no darle más vueltas a ese asunto.

Pensándolo con calma, me había comportado como un miedica.

Es decir, si aceptaba como cierto lo que los demás decían que había pasado.

El miércoles por la noche, sin embargo, no pude conciliar el sueño. Estaba acostado, mirando fijamente el techo, observando cómo las sombras se movían de un lado a otro.

Intenté contar ovejas: cerré bien los ojos y empecé la cuenta atrás empezando por mil.

Pero, por alguna razón, estaba muy nervioso. No tenía nada de sueño.

De repente me encontré pensando en el espejo de la buhardilla.

¿Qué hacía allá? Me pregunté. ¿Por qué lo habían metido en ese cuarto escondido, detrás de una puerta con cerrojo?

¿A quién pertenecería? ¿A mis abuelos? Y si era suyo, ¿por qué lo habían escondido en ese minúsculo cuarto?

Me pregunté si mis padres sabían siquiera que estaba allí.

Me puse a pensar en lo que había pasado el sábado, durante la fiesta de mi cumpleaños. Me imaginé a mí mismo de pie delante del espejo, peinándome. Luego estirándome para llegar a la cadena y tirando de ella. Recordé el relámpago de luz brillante que despidió la lámpara al encenderse. Y luego…

¿Vi mi imagen reflejada en el espejo después de que se encendiera la luz?

No me acordaba.

¿Me vi a mí mismo? ¿Mis manos? ¿Mis pies?

No me acordaba.

—Me gastaron una broma —dije en voz alta, acostado en la cama, empujando las sábanas con los pies.

Tenía que ser una broma.

Zurdi siempre me gastaba bromas tontas para dejarme en ridículo. Mi hermano era un bromista. Siempre había sido un bromista. Nunca hacía nada en serio. Nunca.

Entonces, ¿por qué tenía yo la sensación de que me había hablado en serio?

¿Acaso porque Erin y April le habían dado la razón?

Antes de que cayera en la cuenta, me había levantado de la cama. No hay sino una manera de saber si han estado hablando en serio o no, me dije. Busqué las zapatillas en la penumbra y me abroché la camisa del pijama, que se había desabotonado de tantas vueltas como había dado en la cama.

Después, tan silenciosamente como pude, me escurrí hasta el corredor.

La casa estaba a oscuras, a excepción de la lucecita de noche que

daba contra el suelo a la salida del dormitorio de Zurdi. Zurdi era el único en la familia que se levantaba a media noche. Insistía en tener una lucecita en su habitación y otra en el pasillo, a pesar de que yo me burlaba de él por eso tantas veces como podía.

Ahora daba gracias por esa lucecita que me ayudaba a llegar andando de puntillas a la escalera que llevaba a la buhardilla. Pese a mis precauciones, el suelo de madera crujía. Era imposible no hacer ruido en una casa tan vieja como ésta.

Me detuve y contuve el aliento, prestando atención por si había alguna señal de que alguien me hubiera escuchado.

Silencio.

Abrí con sigilo la puerta de la escalera, busqué y busqué hasta encontrar el interruptor de la luz de la buhardilla y la encendí. A continuación subí lentamente por la empinada escalera, apoyando todo mi peso sobre la baranda para que los escalones no crujieran.

Me pareció tardar una eternidad hasta llegar arriba. Finalmente, me detuve en el último escalón y miré a mi alrededor, esperando a que mis ojos se adaptaran a la luz amarillenta de la lámpara del techo.

El aire de la buhardilla era caliente, sofocante, tan seco que me quemaba la nariz. Tuve un súbito impulso de dar media vuelta y desandar el camino.

Pero entonces mis ojos se detuvieron en la puerta que llevaba al cuartito escondido y que, con las prisas por salir, habíamos dejado totalmente abierta.

Miré fijamente hacia la oscuridad que había tras esa puerta abierta, abandoné la escalera y avancé por entre los trastos diseminados por la habitación. Las tablas del suelo crujían bajo mis pies, pero apenas lo noté.

Me sentí atraído por la puerta abierta y por el cuarto misterioso, como si un poderoso imán tirase de mí.

Tenía que ver ese espejo tina vez más; examinarlo y estudiarlo minuciosamente.

Tenía que saber la verdad sobre él.

Entré en el cuartito sin titubear y me paré frente al espejo.

Hice una pausa y examiné mi imagen difusa en la luna. Tenía el cabello alborotado, pero no me importó.

Me miré fijamente, examiné mis ojos. Luego di un paso atrás para tener una imagen diferente.

En el espejo se veía todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies. No había nada extraño en mi imagen. No se veía deformada ni rara.

El hecho de que mi reflejo fuera normal me tranquilizó. No me había dado cuenta, pero mi corazón latía como una inquieta mariposa. Tenía las manos y los pies helados.

—Cálmate, Max —me dije en voz queda, y me vi susurrando en el espejo oscuro.

Bailé ante mi propia imagen, moviendo las manos por encima de la cabeza y balanceando todo el cuerpo.

—Este espejo no tiene nada de particular —dije en voz alta.

Me estiré y lo toqué. La luna del espejo estaba fría, pese al calor del cuarto. Pasé la mano por ella hasta alcanzar el marco, y la deslicé hacia arriba y hacia abajo, sintiendo la madera suave y fría.

«Es tan sólo un espejo —pensé, más relajado—. Sencillamente un viejo espejo que alguien guardó aquí hace mucho tiempo y se ha olvidado de él.»

Sin quitar la mano del marco, caminé a su alrededor hasta la parte de atrás. Estaba muy oscuro para ver con claridad, pero no parecía haber nada de interés allí.

«Bueno, ya que he llegado hasta aquí, debo encender la luz de arriba», pensé.

Regresé frente al espejo. De pie, casi rozándolo, comencé a estirarme para alcanzar la cadena cuando vi algo que me llamó la atención.

—¡Oh! —grité al descubrir unos ojos, con la mirada clavada en mí.

6

Me quedé petrificado, sin atreverme siquiera a respirar.

Los ojos me amenazaban. Eran oscuros y su mirada terrorífica.

Profiriendo un grito de pánico, aparté la vista del espejo.

—¡Zurdi! —grité. Me salió una voz entrecortada, como si alguien estuviera tratando de asfixiarme.

Mi hermano me sonrió desde el vano de la puerta.

Me di cuenta de que lo que había visto reflejado en el espejo eran los ojos de Zurdi.

Corrí hasta él y lo agarré por los hombros.

—¡Casi me matas del susto! —le dije medio a gritos, medio en susurros.

—Eres bobo —me contestó, con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo lo hubiera matado; pero él se creía muy gracioso.

—¿Por qué me has seguido a escondidas? —le increpé, empujándolo contra la pared.

Se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y tú que estás haciendo aquí? —alcancé a balbucir.

Todavía podía ver esos ojos oscuros mirándome fijamente desde el espejo. ¡Tan aterradores!

—Estaba despierto —me explicó apoyándose en la pared, todavía sonriente—. Te he oído pasar por delante de mi cuarto y te he seguido.

—Bueno, no deberías estar aquí —le dije cortante.

—Tampoco tú —me respondió con el mismo tono.

—Regresa abajo y métete en la cama —le dije. Mi voz estaba

volviendo a la normalidad. Traté de que entendiera que hablaba en serio.

Pero Zurdi no se movió.

—Oblígame —replicó. Otro de sus argumentos clásicos.

—Hablo en serio —insistí—. Vete a la cama.

—Oblígame —me repitió tercamente—. Y les diré a mamá y a papá que estás aquí arriba —añadió.

No soporto que me amenacen. Él lo sabe. Por eso me amenaza a todas horas.

A veces siento ganas de pegarle.

Pero nuestra familia no es violenta.

Eso es lo que dicen mis padres cada vez que Zurdi y yo peleamos: «No os peleéis más. Vivimos en una familia que no es violenta.»

A veces la no violencia puede ser frustrante. ¿Sabéis a qué me refiero?

Ésta era una de esas veces. Me di cuenta de que Zurdi no se iba a dejar convencer fácilmente, ya había decidido quedarse en la buhardilla conmigo y ver qué hacía yo con el espejo.

Mi corazón había recuperado su ritmo normal. Comencé a sentirme más calmado. Así que decidí dejar de pelear y que Zurdi se quedara. Me dirigí de nuevo al espejo.

Por suerte, no había ojos ahí, mirándome fijamente.

—¿Qué haces? —me preguntó Zurdi, parándose detrás de mí con los brazos cruzados.

—Tan sólo estoy examinando el espejo —le contesté.

—¿Vas a volverte invisible otra vez? —me preguntó. Estaba de pie, justo detrás de mí, y su aliento era agrio, como el de un limón.

Me di la vuelta y lo empujé unos pasos hacia atrás.

—No te me acerques —le dije—. Te huele mal el aliento.

Eso dio pie a otra discusión estúpida, naturalmente.

Me estaba arrepintiendo de haber subido; ojalá me hubiera quedado en la cama.

Finalmente pude persuadir a Zurdi de que se pusiera a treinta centímetros de mí. Una victoria importante.

Bostezando, me volví hacia el espejo. Comenzaba a sentir sueño; quizá por el calor que hacía en la buhardilla, quizá por el cansancio

de estar discutiendo con el tonto de mi hermano, o quizá porque ya era muy tarde y tenía sueño.

—Voy a encender la luz —le dije, estirándome para alcanzar la cadena—. Dime si me vuelvo invisible otra vez.

—No. —Se volvió a colocar junto a mí—. Yo también quiero probar.

—De ninguna manera —insistí apartándolo.

—De todas las maneras —replicó, empujándome.

Entonces se me ocurrió una idea mejor:

—¿Qué tal si los dos nos ponemos delante del espejo y yo tiro de la cadena?

—Bueno, ¡adelante! —Parado a tres centímetros del espejo, prácticamente pegado a su reflejo, Zurdi se fue poniendo tieso hasta que se quedó en posición de firmes.

Tenía una pinta la mar de ridícula, sobre todo con su horrible pijama verde.

Me puse junto a él.

—Allá vamos —dije.

Estiré la mano hacia arriba, cogí la cadenita y tiré.

7

La lámpara de la parte superior del espejo se encendió emitiendo la luz de un relámpago.

—¡Ay! —grité. Era tan intensa que me hacía daño en los ojos.

Poco a poco disminuyó y mis ojos se fueron adaptando.

Iba a decirle algo a Zurdi, pero la mente se me quedó en blanco al descubrir que mi hermano se había esfumado.

—¿Z-Zurdi? —balbuceé.

—Estoy aquí —contestó. Su voz sonaba cerca, pero no podía verlo—. Max… ¿dónde estás tú?

—¿No me puedes ver? —exclamé.

—No —dijo Zurdi—. No puedo.

Podía oler su aliento agrio, por eso sabía que estaba ahí, pero no podía verlo, había desaparecido: se había vuelto invisible.

¡Así que no me había gastado una broma! Erin, April y Zurdi hablaban en serio el sábado, después de la fiesta de cumpleaños. Era cierto que me había vuelto invisible.

Y ahora era invisible otra vez, y mi hermano.

—Oye, Max —hablaba en voz baja y titubeaba—. Esto es muy extraño.

—Sí. Es extraño de verdad —convine—. ¿Realmente no puedes verme, Zurdi?

—No. Y tampoco puedo verme a mí mismo —dijo.

El espejo. Me había olvidado de mirarlo.

¿Reflejaba mi imagen?

Me volví y lo observé con atención. La luz salía de la parte de

arriba del marco y brillaba en el vidrio.

En la luna del espejo no se veía nada, nada en absoluto.

Ni a mí, ni a Zurdi.

Sólo el reflejo de la pared que estaba a nuestras espaldas y de la puerta abierta que conducía al resto de la buhardilla.

—No está… nuestra imagen —dije.

—¡Me encanta! —exclamó Zurdi. Me agarró del brazo y yo salté sorprendido.

—¡Eh! —grité.

Era muy extraño sentirse agarrado por alguien invisible.

Lo agarré y empecé a hacerle cosquillas en los costados. Zurdi se puso a reír.

—Todavía tenemos cuerpos —dije—. Sólo que no podemos verlos.

Trató de hacerme cosquillas, pero me escapé.

—Eh, Max, ¿dónde estás? —me preguntó con un 10no de miedo en la voz.

—A ver si me encuentras —le dije, retrocediendo hacia la pared.

—No… no puedo —me dijo tembloroso—. Vuelve aquí, ¿estás bien?

—Ni hablar —contesté—. No quiero que me hagan cosquillas.

—Prometo no hacerlo —me juró Zurdi.

Volví frente al espejo.

—¿Estás aquí? —preguntó tímidamente Zurdi.

—Sí. Estoy a tu lado. Puedo sentir el olor de tu mal aliento —le contesté.

Y el muy mentiroso se puso a hacerme cosquillas y a pelearse conmigo.

Eso de pelear con alguien invisible resulta muy extraño.

Finalmente me saqué de encima a mi hermano.

—Me pregunto si podemos volver a bajar y seguir siendo invisibles —dije—. ¿Podremos salir así a la calle?

—¿Y espiar a los demás? —preguntó Zurdi.

—Sí —contesté. Di un bostezo y empecé a sentirme muy raro—. Podríamos espiar a las niñas…

—¡Qué guay! —exclamó Zurdi.

—¿Te acuerdas de esa vieja película que estaban viendo los

papas en la televisión? —le pregunté—. ¿La que trataba de fantasmas que aparecían y desaparecían todo el tiempo? Se divertían mucho asustando a la gente. Ya sabes, haciéndoles bromas y travesuras.

—Pero nosotros no somos fantasmas —replicó Zurdi con voz entrecortada. Creo que esta idea lo asustó.

¡También me asustó a mí!

—¿Podremos volver a nuestro estado normal? —preguntó Zurdi —. No me encuentro bien.

—Yo tampoco —le dije. Me sentía muy ligero, como flotando. Muy… raro.

—¿Cómo regresamos a la normalidad? —me preguntó.

—Bueno, la otra vez sencillamente tiré de la cadena, se apagó la luz y regresé. No hice más que eso.

—Bueno, hazlo —me apremió Zurdi impacientemente—. Ahora mismo, ¿vale?

—Bueno. —Yo estaba medio mareado y como si fuera a salir flotando.

—Date prisa —dijo Zurdi, algo nervioso.

Me estiré y agarré la cadenita.

—No hay ningún problema —le tranquilicé—. Estaremos de regreso en un santiamén.

Tiré de la cadena.

La luz se apagó.

Sin embargo, Zurdi y yo no regresamos.



—Max… todavía no te veo —gimió Zurdi.

—Lo sé —repliqué en un susurro. Estaba muy asustado. Sentía escalofríos por todo el cuerpo, escalofríos que no paraban—. Yo tampoco te veo.

—¿Qué ha sucedido? —lloriqueaba Zurdi. Sentí que se me agarraba del brazo.

—Nnno sé —dije tartamudeando—. El otro día funcionó, apagué la luz y regresé.

Miré hacia el espejo. Ninguna imagen. Nada.

No estaba yo. Zurdi tampoco.

Me quedé ahí, helado de miedo, mirando fijamente el sitio donde debía reflejarse nuestra imagen. Menos mal que Zurdi no podía verme, si no se hubiera dado cuenta de lo asustado que estaba.

—Inténtalo de nuevo, Max —gimió—. Por favor, date prisa.

—Bueno —dije—. Trata de calmarte, ¿vale?

—¿Cómo quieres que me calme? —gritó Zurdi—. ¿Y si no regresamos nunca? ¿Y si nadie puede vernos otra vez, nunca jamás?

De golpe me sentí muy enfermo, me dolía la barriga.

«Aguanta —me dije—. Tienes que aguantar, Max, hazlo por Zurdi.»

Me puse de puntillas para agarrar la cadena, pero parecía estar fuera de mi alcance.

Intenté de nuevo. Fallé.

Y de repente, regresé. Y Zurdi también.

Podíamos vernos y ver nuestra imagen en el espejo.

—¡Hemos regresado! —gritamos al unísono.

Nos caímos al suelo de la risa. ¡Qué alivio sentíamos! ¡Qué alegría!

—¡Ssshh! —agarré a Zurdi y le tapé la boca con la mano. Acababa de recordar que estábamos a media noche—. Si los papas nos encuentran aquí, nos matan —le advertí susurrando.

—¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en regresar? —preguntó Zurdi muy serio, observando su imagen.

«No tengo la menor idea», pensé.

—Quizá si uno permanece invisible más tiempo, también tarda más tiempo en regresar —sugerí.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—La primera vez que me volví invisible —le dije— fue sólo durante unos segundos, así que en cuanto apagué la luz regresé. Pero esta noche…

—Hemos sido invisibles durante más tiempo, así que nos ha costado más tiempo regresar —me interrumpió Zurdi—. Entiendo.

—No eres tan tonto como pareces —le dije bostezando.

—¡Tú sí que eres tonto! —replicó.

Estaba hecho polvo. Me dispuse a salir del cuartito haciéndole señas a Zurdi para que me siguiera, pero él titubeó y miró hacia atrás, para ver su imagen en el espejo.

—Tenemos que contar a mamá y a papá lo del espejo —susurró meditabundo.

—Ni hablar —le dije—. No les vamos a decir nada. Si se lo contamos se llevarán el espejo o no nos dejarán utilizarlo.

Se quedó mirándome fijamente, pensativo.

—No estoy muy seguro de querer utilizarlo —me dijo en voz baja.

—Pues, yo sí. Quiero utilizarlo una vez más.

—¿Para qué? —me preguntó Zurdi bostezando.

—Para asustar a Zack —contesté sonriendo.

Zack no pudo venir a mi casa hasta el sábado. Apenas llegó, quise llevarlo a la buhardilla con la excusa de hacerle una demostración

de los poderes del espejo.

¡Pero lo que quería era darle un susto de muerte!

Mi madre insistió en que antes nos sentáramos a comer. Había sopa de gallina y fideos, y bocadillos con mantequilla de cacahuete y mermelada.

Engullí la sopa tan rápido como pude, sin siquiera masticar los fideos. Zurdi me miraba de reojo desde el otro lado de la mesa. Estaba tan ansioso como yo de asustar a Zack.

—¿Dónde te cortaste así el pelo? —le preguntó mi madre a Zack, dando una vuelta alrededor de la mesa sin quitar la vista de la cabeza de mi amigo. Yo notaba que le parecía espantoso.

—En Cortes Rápidos —le contestó Zack después de tragar un gran bocado de pan con mantequilla y mermelada—. En el centro comercial.

Todos nos quedamos mirando el corte de pelo de Zack. A mí me pareció sensacional. Me encantaba que estuviera casi rapado por el lado izquierdo y largo por el derecho.

—Desde luego, es muy original —dijo mi madre.

Todos nos dábamos cuenta de que no le gustaba. Pero supongo que ella intentaba disimularlo diciendo que era original. Si yo hubiera llegado a casa con ese peinado, me habría matado.

—¿Qué dijo tu mamá cuando te vio? —le preguntó a Zack.

—Casi nada… —dijo Zack sonriendo.

Todos nos echamos a reír. Yo seguía pendiente del reloj, estaba ansioso por subir.

—¿Queréis unos bollos de chocolate? —preguntó mi madre cuando acabamos de comernos los bocadillos.

Zack iba a decir que sí, pero yo lo interrumpí:

—¿Por qué no dejamos el postre para después? Estoy lleno.

Retiré la silla y me levanté rápidamente, haciéndole una señal a Zack para que me siguiera. Zurdi ya había salido corriendo hacia la escalera.

—Eh… ¿adónde vais tan deprisa? —nos preguntó mi madre, corriendo detrás de nosotros hasta el pasillo.

—Eh… arriba… a la buhardilla —le dije.

—¿A la buhardilla? —frunció el ceño en señal de inquietud—. ¿Qué es lo que encontráis tan interesante allá arriba?

—Eh… sólo una pila de revistas viejas —le mentí—. Son bastante divertidas. Quiero enseñárselas a Zack. —Por fortuna se me ocurrió una respuesta rápida, por lo general soy bastante lento para inventar.

Mi madre se quedó mirándome. Creo que no me creyó, pero volvió a la cocina.

—Está bien, que os divirtáis, y no os ensuciéis mucho allá arriba.

—Claro que no —le dije. Conduje a Zack por la escalera empinada. Zurdi ya estaba en la buhardilla esperándonos.

Hacía muchísimo calor. Como cuarenta grados más que abajo. Comencé a sudar en el instante en que puse un pie dentro de la habitación.

Zack se quedó unos metros detrás de mí y miró a su alrededor.

—Sólo hay trastos viejos. ¿Qué es lo que encuentras tan interesante aquí? —preguntó.

—Ya verás —le contesté misteriosamente.

—Por aquí —dijo Zurdi ansiosamente, corriendo hacia el cuartito junto a la pared del fondo. Estaba tan agitado que dejó caer la pelota, tropezó con ella y se cayó de cara en medio de un gran estruendo.

—¡Lo he hecho adrede! —dijo en broma Zurdi, levantándose rápidamente y dando un salto hacia donde estaba la pelota, que había rodado por el suelo.

—Tu hermano parece de goma —se rió Zack.

—Caerse es su deporte favorito —dije—. Se cae unas cien veces al día. —No estaba exagerando.

Unos segundos después, los tres estábamos en el cuartito, frente al espejo. Aunque la tarde estaba soleada, el cuartito permanecía tan oscuro y sombrío como siempre.

—¿Esto es lo que querías enseñarme? —me preguntó Zack desconcertado.

—Sí —asentí.

—¿Desde cuándo te dedicas a los muebles?

—Es un espejo interesante, ¿no crees? —pregunté yo.

—No —respondió—. No lo encuentro muy interesante.

Zurdi sonrió. Lanzó la pelota hacia la pared y la atrapó de rebote.

Yo me tomaba deliberadamente mi tiempo. Zack no sabía que le esperaba la sorpresa de su vida, pero quería despistarlo un poquito antes. Él siempre me hacía cosas por el estilo. Siempre actuaba como si fuera el sabelotodo que compartiría conmigo parte de lo que sabía si yo me portaba bien.

Bueno, en esta ocasión yo sabía algo que él no sabía. Quería alargar este momento, hacer que durara mucho tiempo.

Pero, por otro lado, estaba impaciente por ver la cara que pondría Zack cuando yo desapareciera de su vista.

—Salgamos —me apremió Zack—. Aquí hace mucho calor. He traído la bicicleta. ¿Por qué no vamos en bicicleta al parque que está detrás de la escuela para ver quién hay?

—Tal vez después —contesté haciéndole una mueca a Zurdi. Después le pregunté a mi hermano—. ¿Le enseño mi secreto a Zack o no?

Zurdi me devolvió la mueca e hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué secreto? —preguntó Zack. Sabía que le picaría la curiosidad. No podía soportar que alguien tuviera un secreto que él no conociera—. ¿Qué secreto? —repitió al ver que no le contestaba.

—Enséñaselo —dijo Zurdi lanzando su pelota.

Me acaricié la barbilla, fingiendo que lo estaba meditando.

—Bueno… está bien. —Con un ademán indiqué a Zack que se colocara detrás de mí.

—¿Vas a hacer caras graciosas delante del espejo? —trató de adivinar Zack—. ¡Qué bobada!

—No. Ése no es el secreto —le dije. Me paré delante del espejo admirando mi imagen.

—Mira bien —intervino Zurdi, poniéndose al lado de Zack.

—Estoy mirando. Estoy mirando —dijo Zack, impaciente.

—Te apuesto a que puedo desaparecer en el aire —le dije a Zack.

—Ah sí. Seguro —contestó.

Zurdi sonrió.

—¿Cuánto quieres apostar? —le pregunté.

—Cien pesetas —dijo Zack—. ¿Es un espejo para hacer trucos o algo así?

—Algo así —le dije—. Pero ¿por qué no mil pesetas?

—¿Qué?

—Olvídate de la apuesta y enséñaselo —interrumpió Zurdi, saltando y saltando con impaciencia.

—En mi casa tengo un juego de magia —dijo Zack—. Puedo hacer más de mil trucos. Pero es para niños pequeños —se burló.

—No tienes ningún truco como éste —afirmé con toda seguridad.

—Bueno, hazlo de una vez y acaba ya —refunfuñó.

Me puse en el centro del espejo.

—¡Tataa! —canté para animar mi acto. Me puse de puntillas y agarré la cadenita.

Tiré de ella. La lámpara del espejo relampagueó con un destello cegador y después disminuyó la intensidad de la luz, como en las anteriores ocasiones.

Y yo desaparecí.

—¡Eh! —gritó Zack. Y se cayó del susto.

Invisible, me aparté del espejo para disfrutar de su asombro.

—¿Max? —gritó. Me buscaba con la mirada por todo el cuarto. Zurdi realmente se moría de risa—. ¿Max? —Zack parecía estar realmente preocupado—. ¿Max? ¿Pero cómo hiciste eso? ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —le dije.

Saltó al oír mi voz. Zurdi se partía de risa.

Cogí la pelota de las manos de Zurdi y miré de reojo al espejo: la pelota parecía flotar en el aire.

—Agárrala, Zack. —Se la tiré.

Estaba tan impresionado que ni se movió y la pelota rebotó en su pecho.

—Max, ¿cómo haces este truco? —me preguntó.

—No es un truco. Es real —le dije.

—Espera… —Su cara tomó un aire de sospecha. Corrió detrás del espejo. Creo que esperaba verme escondido allí atrás y se quedó frustrado cuando no me encontró—. ¿Hay alguna puerta falsa o algo así? —preguntó. Regresó frente al espejo, se agachó y comenzó a buscar una puerta falsa en la madera del suelo.

Me incliné encima de él y tiré de su camiseta hasta ponérsela encima de la cabeza.

—¡Quieto! —chilló, poniéndose rápidamente de pie con furia.

Le hice cosquillas en la barriga.

—Basta, Max. —Se escurrió hacia atrás agitando los brazos, tratando de pegarme. Parecía muy asustado, su respiración era entrecortada y se había puesto rojo.

Le agarré de nuevo por la camiseta.

De un tirón se la bajó.

—¿De verdad eres invisible? —Su voz tenía un tono tan agudo que apenas se le entendía—. ¿De verdad?

—Buen truco, ¿no? —le susurré en la oreja derecha.

Se apartó de un brinco y me preguntó:

—¿Qué se siente? ¿Es una sensación rara?

No le contesté. Me escabullí del cuarto y cogí un trozo de cartón de la otra habitación. Lo llevé hasta el espejo.

Era sensacional: un trozo de cartón flotando por sí solo.

—Déjalo en el suelo —me pidió Zack. Estaba muy asustado—. Esto no me gusta nada. Acaba de una vez y regresa para que pueda verte.

Quería fastidiarle un poco más pero me di cuenta de que lo estaba sacando de sus casillas. Además, empecé a encontrarme mal otra vez. Mareado y ligero. Y la luz brillante me hacía daño en los ojos, comenzaba a cegarme.

—Bueno, voy a regresar —le anuncié—. Mira bien.

Me apoyé en el espejo y me estiré hacia la cadena, pero me sentía tan cansado que tuve que emplear todas mis fuerzas para alcanzar la cadena con la mano y agarrarla firmemente.

Tuve la extraña sensación de que el espejo me estaba absorbiendo, aprisionándome.

Haciendo un último gran esfuerzo, tiré de la cadena.

La lámpara se apagó. El cuarto quedó a oscuras.

—¿Dónde estás? ¡Todavía no te veo! —exclamó Zack aterrorizado.

—Cálmate —le dije—. Espera unos segundos. Si uno se vuelve invisible por mucho tiempo, tarda más en regresar. —Y después añadí—: Creo.

Con la mirada fija en el espejo en blanco, esperando que mi imagen volviera a reflejarse en él, advertí de golpe que no sabía

nada de él ni de cómo se volvía uno invisible. Tampoco de cómo se regresaba.

En mi cabeza bullían toda clase de preguntas aterradoras:

¿Qué me hacía pensar que reaparecer era automático?

¿Qué pasaba si sólo era posible regresar dos veces? ¿Y si a la tercera vez que uno se hacía invisible se quedaba invisible?

¿Qué pasaba si el espejo estaba estropeado? ¿No lo habrían guardado en el cuartito escondido porque no funcionaba bien y hacía que la gente se volviera invisible eternamente?

¿Qué pasaría si yo no regresaba nunca?

«No, eso no puede ser», me dije a mí mismo.

Pero pasaba el tiempo y mi cuerpo todavía no era visible.

Toqué el espejo, deslizando la mano invisible por la superficie lisa y fría.

—Max, ¿por qué tardas tanto? —preguntó Zack con voz temblorosa.

—No lo sé —le respondí. Mi voz dejaba adivinar que estaba tan asustado como él.

Y de pronto, regresé.

Me sentí agradecido de volver a contemplar mi imagen en el espejo. Una amplia sonrisa se dibujó en mis labios.

—¡Ta-taa! —canté con aire triunfal, volviéndome hacia mi tembloroso amigo—. ¡Aquí estoy!

—¡Qué bien! —exclamó Zack mientras su boca se contraía. Estaba sorprendido y maravillado—. ¡Qué bien!

—Lo sé —dije sonriendo—. Es increíble, ¿o no?

Estaba emocionado, hasta me temblaban las rodillas. Ya conocéis esa sensación.

Pero me daba igual. Quería disfrutar de ese momento de gloria. No solía tener la oportunidad de hacer algo que Zack no hubiera hecho diez veces antes.

—Maravilloso —dijo Zack, mirando fijamente el espejo—. ¡Tengo que probarlo!

—Bueno… —No estaba muy seguro de querer que Zack lo probara. Era demasiada responsabilidad. Es decir, ¿y si algo salía mal?

—Venga, déjame —insistió Zack.

—Pero… ¿dónde está Zurdi? —pregunté, echando un vistazo alrededor.

—¿Zurdi? —Zack también se puso a buscarlo con la mirada.

—Estaba tan ocupado haciéndome invisible que me olvidé de que él estaba aquí —dije. Y lo llamé—: ¡Eh! ¿Zurdi?

No hubo respuesta.

—¿Zurdi?

Silencio.

Di una vuelta alrededor del espejo. No estaba allí. Me dirigí a la puerta mientras lo llamaba y miré hacia el resto de la buhardilla.

Ni rastro de él.

—Estaba ahí mismo. Frente al espejo —dijo Zack, pálido.

—¿Zurdi? —lo llamé—. ¿Dónde estás? ¿Puedes oírme?

Silencio.

—Qué raro —dijo Zack.

Tragué saliva. El estómago me pesaba como si me hubiera tragado una piedra.

—Estaba aquí mismo. De pie aquí mismo. —Señaló Zack asustado, con voz entrecortada.

—Bueno, ha desaparecido —dije mirando fijamente mi imagen borrosa y oscura reflejada en el espejo—. Zurdi ha desaparecido.



—A lo mejor también se ha vuelto invisible —sugirió Zack.

—¿Y entonces por qué no nos contesta? —le pregunté. Lo llamé de nuevo—. Zurdi, ¿estás aquí? ¿Puedes oírme?

No respondió.

—¡Espejo idiota! —dije dando un puñetazo al marco del espejo.

—¿Zurdi? ¿Zurdi? —Zack se había puesto las manos alrededor de la boca como un megáfono y estaba plantado en la puerta de entrada del cuartito gritando hacia el resto de la buhardilla.

—Es increíble —dije débilmente. Me temblaban tanto las piernas que me desplomé.

En ese momento oí una risita.

—¿Zurdi? —Me puse de pie de un salto.

Más risitas. Procedían del cartón que había llevado yo al cuartito.

Me lancé hacia el cartón en el momento en que Zurdi salía de atrás.

—Has caído —gritó, cayéndose de la risa sobre el cartón y dándole un golpe al suelo.

—¡Habéis caído los dos en la trampa!

—¡Más tonto no naces! —exclamó Zack.

Ambos nos fuimos contra Zurdi al mismo tiempo. Yo le tiré del brazo hasta que dio un grito de dolor. Zack le tiró del pelo y después le hizo cosquillas.

Zurdi gritaba y reía al mismo tiempo.

—No lo vuelvas a hacer —le grité furioso, dándole un puñetazo

en el hombro.

Como no dejaba de reírse le di un fuerte empujón y me levanté.

Jadeando, rojos de rabia, Zack y yo mirábamos furiosos a Zurdi, que se revolcaba por el suelo lleno de polvo, riéndose como un loco.

—¡Casi nos morimos del susto! —le dije enfadado.

—Ya lo sé —replicó satisfecho Zurdi.

—Vamos a darle un buen escarmiento —sugirió Zack, preparado para el asalto.

—De acuerdo —respondí.

—Antes tendréis que pillarme —gritó Zurdi. Se había puesto de pie y había salido como un cohete.

Estaba persiguiendo a mi hermano, cuando se me enredaron los pies y me caí de bruces.

—¡Ay! —me hice daño en la pierna. El dolor me recorrió todo el cuerpo.

Me levanté lentamente y me puse a perseguir a Zurdi, pero el sonido de unas voces en la escalera de la buhardilla me detuvo.

La primera cara que apareció fue la de Erin. Después siguió la de April.

Zurdi estaba sentado en el poyo de la ventana, al otro lado de la buhardilla, con la cara roja y sudando, tratando de recuperar el aliento.

—¿Cómo estáis? —saludé a las dos niñas, sacudiéndome el polvo de los pantalones. A continuación me arreglé el cabello con una mano.

—Tu madre nos ha dicho que os encontraríamos aquí arriba —explicó Erin mirándonos a Zurdi y a mí.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó April.

—Eh… pasando el rato —le dije, lanzando una mirada de furia a mi hermano, que en respuesta me sacó la lengua.

April tomó una revista vieja de la pila amarillenta y comenzó a pasar las páginas. Pero éstas se deshicieron entre sus manos.

—Buff —dijo soltándola—. Qué viejas están.

—Para eso son las buhardillas —expliqué, comenzando a sentirme más tranquilo—. ¿Conoces a alguien que guarde cosas nuevas en una buhardilla?

—Ja, ja —se rió Zurdi, con un tono burlón.

—¿Dónde está el espejo? —preguntó Erin, en el centro del cuarto—. El de la ilusión óptica.

—No era una ilusión óptica —protesté. En realidad no tenía más ganas de utilizar el espejo. Ya había tenido suficientes sustos en un solo día; pero las palabras salieron con tanto énfasis de mi boca que mis amigas se sorprendieron.

Nunca he sido capaz de guardar un secreto, es mi gran defecto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erin con mucho interés. Pasó por delante de mí y avanzó hacia la puerta de entrada al cuartito.

—¿Quieres decirnos que lo de la semana pasada no fue una ilusión óptica? —preguntó April, siguiéndola.

—No, no lo fue —dije echándole una mirada a Zurdi, quien no se había movido de la ventana, en el otro extremo de la buhardilla —. El espejo tiene poderes o algo así. De verdad, puede volverte invisible.

April soltó una risotada burlona.

—Claro que sí —dijo—, y esta noche después de la cena me voy a Marte en un platillo volante.

—No me fastidies —le advertí, y volví los ojos hacia Erin—. Hablo en serio.

Erin me miró detenidamente, con la duda reflejada en la cara.

—¿Tratas de decirnos que te metiste otra vez en el cuartito y te volviste invisible?

—No estoy tratando de decirlo —repliqué alterado—. Lo estoy diciendo.

April sonrió.

—Hablas en seno —dedujo Erin, tras haberme examinado detenidamente.

—Es un espejo con truco —le dijo April—. Eso es todo. La luz que tiene en la parte superior es tan brillante que te deslumbra.

—Enséñanoslo —me dijo Erin.

—Eso, ¡enséñaselo! —exclamó Zurdi ansiosamente. Se bajó del poyo de la ventana y comenzó a correr hacia el cuartito—. ¡Esta vez me toca a mí! ¡Dejadme hacerlo!

—De ninguna manera —dije.

—Dejadme hacerlo a mí —se ofreció de voluntaria Erin.

—¿Sabéis quién más está aquí? —les dije a las niñas,

siguiéndolas hacia el cuartito—. Zack está aquí. —Y lo llamé—: Eh, Zack. Erin quiere volverse invisible. ¿Crees que debemos dejarla?

—¿Zack? —pregunté al entrar en el cuartito.

—¿Dónde se ha escondido? —dijo Erin.

Me quedé mudo: la lámpara del espejo estaba encendida y Zack había desaparecido.

10

—¡Oh, no! —grité—. ¡Es imposible!

—Zack se ha vuelto invisible —dijo Zurdi riéndose a Erin y a April.

—Zack, ¿dónde estás? —lo llamé furioso.

De repente, la pelota se desprendió de las manos de Zurdi y empezó a flotar.

—Oye, ¡devuélvemela! —protestó Zurdi a gritos y trató de agarrarla. Pero el invisible Zack la tiró hacia arriba, para que no pudiera alcanzarla.

Erin y April, pasmadas, seguían con los ojos muy abiertos la pelota que flotaba en el aire.

—Bienvenidas —dijo Zack con una voz potente y grave que salía de delante del espejo.

April dio un alarido y se agarró de Erin.

—Zack, vete a la porra. ¿Cuánto tiempo hace que te has vuelto invisible? —pregunté.

—No lo sé. —La pelota voló nuevamente hacia Zurdi, quien la dejó caer y tuvo que correr detrás de ella por toda la buhardilla.

—¿Hace cuánto, Zack? —repetí.

—Como unos cinco minutos, creo —contestó—. Cuando estabas persiguiendo a Zurdi encendí la luz y me volví invisible. Después oí que hablabas con Erin y April.

—¿Has estado invisible todo este tiempo? —le pregunté, inquieto y molesto.

—Sí. ¡Esto es sensacional! —exclamó. Pero a continuación el

tono de su voz empezó a expresar dudas—. Esss…toy sintiéndome un poco raro, Max.

—¿Raro? —preguntó Erin, mirando fijamente al sitio de donde parecía salir la voz de Zack—. ¿Qué quieres decir con «raro»?

—Medio mareado —replicó Zack débilmente—. Parece como si todo se estuviera poniendo borroso, como cuando se estropea la pantalla de la televisión. Todo parece alejarse, ir desapareciendo.

—Voy a traerte de regreso —le dije. Sin esperar su respuesta, me estiré y tiré de la cadenita.

La luz se apagó. La oscuridad inundó el cuartito, llenando el espejo de sombras borrosas.

—¿Dónde está Zack? —gritó April—. Algo ha fallado. No ha vuelto.

—Tarda un poco de tiempo —expliqué.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó April.

—No lo sé con certeza —le dije.

—¿Por qué no regreso? —preguntó Zack. Estaba junto a mí. Sentía su respiración en mi cuello—. No me veo —añadió asustado.

—Tranquilo —le dije, haciendo un esfuerzo por aparentar calma —. Ya sabes que tarda un poco, especialmente si has estado invisible durante un largo rato.

—Pero ¿cuánto tiempo? —imploró Zack—. ¿No debería haber regresado ya? A ti no te costó tanto, me acuerdo.

—Mantén la calma —le dije, aunque se me había secado la garganta y sentía el corazón en un puño.

—Esto no me gusta nada. Me da miedo —gruñó April.

—Ten paciencia —repetí suavemente—. Todos tenemos que tener paciencia.

Todos nos quedamos mirando al sitio en que creíamos estaba Zack.

—Zack, ¿cómo te sientes? —preguntó con un hilillo de voz Erin.

—Raro —replicó Zack—. Como si no fuera a regresar nunca.

—No digas eso —le dije autoritario.

—Pero si así es como me siento —replicó con tristeza Zack—. Como si no fuera a regresar nunca.

—Cálmate —le dije—. Todos tenemos que tranquilizarnos.

Nos quedamos en silencio. Mirando. Esperando.

Nunca me había sentido tan asustado.



—Haz algo —suplicó Zack, aún invisible—. Max... ¡tienes que hacer algo!

—Más vale que vaya a buscar a mamá —dijo Zurdi. Soltó la pelota y se encaminó hacia la puerta.

—¿A mamá? ¿Y qué quieres que haga mamá? —grité en medio del pánico.

—¡Es mejor que venga alguien! —contestó Zurdi.

En ese momento Zack empezó a aparecer.

—¡Qué bien! —exclamó con un largo suspiro de alivio, y cayó de rodillas en el piso.

—¡Hurraaaa! —gritó Erin de felicidad, aplaudiendo, mientras nos amontonábamos alrededor de Zack.

—¿Cómo estás? —le pregunté, abrazándolo. Creo que quería estar seguro de que había regresado de verdad.

—¡He vuelto! —exclamó Zack riéndose—. Eso es todo lo que me importa.

—Estábamos muy asustados —dijo April quedamente, con las manos en los bolsillos de su pantalón de tenis—. De verdad —añadió.

—Yo no estaba asustado —dijo Zack, cambiando de repente de tono—. Sabía que no había ningún problema.

No hay quien lo entienda.

Unos segundos antes había estado llorando y suplicándome que hiciera algo, y a continuación fingía haber tenido la experiencia más feliz de su vida. Definitivamente no hay quien lo entienda.

—¿Qué se siente? —preguntó Erin, poniendo su mano en el marco del espejo.

—Es sensacional —contestó Zack. Se puso en pie tambaleándose —. ¡Realmente fue sensacional! Tengo ganas de volverme invisible otra vez antes de ir a la escuela el lunes, para poder espiar en los baños de las niñas.

—Zack, ¡eres un cerdo! —le dijo Erin disgustada.

—¿De qué sirve volverse invisible si no se puede espiar a las niñas? —preguntó Zack.

—¿Estás seguro de que te sientes bien? —le pregunté todavía preocupado—. Estás temblando.

—Bueno… al final me he sentido un poco extraño —confesó Zack, rascándose la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Como si algo tirase de mí. Como si algo me quisiera llevar lejos del cuartito, lejos de vosotros.

—¿Que tiraban de ti? ¿Hacia dónde? —le pedí que nos explicara.

Alzó los hombros.

—No lo sé. Sólo sé una cosa. —Una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios y sus ojos azules parecieron iluminarse.

«Aja», pensé.

—Sólo sé una cosa —prosiguió Zack.

—¿Qué? —tuve que preguntar.

—Que soy el campeón de la invisibilidad. He aguantado más tiempo invisible que tú. Por lo menos cinco minutos. Más que nadie.

—¡Pero si todavía no me habéis dado una oportunidad a mí! —protestó Erin.

—Yo no quiero tener una oportunidad —declaró April.

—¿Te da miedo? —la pinchó Zack.

—Creo que estáis haciendo una tontería —dijo April con superioridad—. Esto no es un juego y vosotros lo sabéis. Además puede que tenga algún efecto en vuestros cuerpos.

—Yo me siento bien —le dijo Zack, y para demostrarlo se golpeó el pecho con las manos, como un gorila. Se miró en el espejo oscuro —. Estoy listo para probar otra vez… por un tiempo más largo.

—Quiero volverme invisible y salir a la calle para hacer bromas

a la gente —dijo con entusiasmo Zurdi—. ¿Me dais el próximo turno, Max?

—Nnnno creo…

Me había quedado meditando sobre lo que había dicho April. En realidad estábamos jugando con algo que podía ser peligroso, con algo que desconocíamos.

—Max tiene que intentarlo de nuevo —dijo Zack, dándome unas palmadas tan fuertes en la espalda que casi me lanzaron contra el espejo—. Para superar mi hazaña —me sonrió—. A menos que también tenga miedo.

—No tengo miedo —insistí—. Es que creo que…

—Tienes miedo —me acusó Zack mofándose. Empezó a cacarear y a mover sus brazos como una gallina.

—Yo no soy gallina. Dejadme a mí —suplicó Zurdi—. Superaré la marca de Zack.

—Me toca el turno —insistió Erin—. Hasta ahora sólo los niños han tenido su oportunidad. ¡Yo todavía no he tenido ninguna!

—Está bien —dije con un gesto de resignación—. Ve tu primero y después yo. —Estaba contento de que Erin tuviera tantas ganas de volverse invisible, porque yo no tenía ningunas. Para ser franco, me sentía muy nervioso.

—Yo soy el siguiente —insistió Zurdi—. ¡El siguiente! ¡El siguiente!

Le tapé la boca con las manos.

—Tal vez sea mejor que bajemos ya todos —sugerí.

—¿Eres un gallina? —dijo Zack para meterse conmigo—. ¿Te estás volviendo un gallina?

—No sé, Zack —respondí con sinceridad—. Creo… —Erin me miraba fijamente. ¿La estaría decepcionando? ¿Pensaría también que yo era un gallina?—. Está bien —dije—. Que vaya Erin, después yo y después Zurdi. Todos romperemos la marca de Zack.

Erin y Zurdi aplaudieron. April gruñó y miró hacia arriba. Zack sonrió.

«No es gran cosa —me dije a mí mismo—. Ya lo he hecho tres veces y no duele. Todo lo que hace falta es tener paciencia al regresar.»

—¿Alguien tiene un reloj? —preguntó Erin—. Tenemos que

tomar el tiempo para saber cuál es la marca que hay que batir.

Me di cuenta de que a Erin le encantaba la competición.

Zurdi también parecía emocionado. Y desde luego Zack competía siempre en lo que fuera.

Sólo April estaba descontenta con esa historia.

Caminó en silencio hasta el fondo del cuartito y se sentó en el suelo, recostándose contra la pared y cruzando los brazos sobre las rodillas.

—Oye, tú eres la única que tiene reloj —le dijo Erin—. Así que tienes que controlar el tiempo, ¿vale?

April asintió sin entusiasmo. Alzó el brazo y se quedó mirando el reloj.

—Bueno, prepárate.

Erin tomó aire y se puso frente al espejo. Cerró los ojos, se puso de puntillas y tiró con fuerza de la cadenita.

La lámpara se encendió con un brillante relámpago. Erin desapareció.

—¡Qué bien! —gritó—. Esto es sensacional.

—¿Qué se siente? —preguntó April desde donde estaba; sus ojos saltaban del espejo al reloj.

—Nada diferente —dijo Erin—. ¡Qué buena forma de perder peso!

—Quince segundos —anunció April.

De repente a Zurdi se le puso el pelo de punta.

—Deja de tirarme del pelo, ¡Erin! —gritó, volviéndose para tratar de liberarse de las manos invisibles.

Oímos la risa de Erin procedente de algún lugar cerca de Zurdi.

Después oímos sus pasos al salir del cuartito e internarse en el fondo de la buhardilla. Vimos un abrigo viejo flotando en el aire y bailando. Después de que éste cayera sobre los cartones, vimos una revista vieja volando; sus páginas pasaban rápidamente.

—¡Esto es divertidísimo! —nos dijo Erin. La revista cayó otra vez en la pila—. Estoy deseando salir así y asustar a la gente.

—Un minuto —anunció April. No se había movido de donde estaba sentada.

Erin se paseó un rato por la buhardilla haciendo que las cosas volaran y flotaran en el aire. Luego regresó al cuartito para mirarse

ante el espejo.

—Estoy realmente invisible —la oímos exclamar con emoción—. Como en las películas.

—Sí. ¡Efectos especiales! —dije.

—Tres minutos —gritó April.

Erin continuó divirtiéndose durante unos cuatro minutos. De repente su voz cambió y adquirió un tono de inseguridad y miedo.

—Nooo… me gusta esto —dijo—. Me siento un poco rara.

April se levantó rápidamente y corrió hacia mí.

—Haz que regrese —me pidió—. Deprisa…

Dudé.

—Sí. Haz que regrese —dijo débilmente Erin.

—Pero aún no has roto mi marca —declaró Zack—. ¿Estás segura…?

—Sí. Por favor. No me siento bien. —De repente su voz parecía lejana.

Me paré frente al espejo y tiré de la cadena. La luz se apagó.

Todos esperamos el regreso de Erin.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Simplemente… rara —contestó. Estaba junto a mí, pero aún no podía verla.

Pasaron tres minutos antes de que Erin reapareciera. Tres minutos muy tensos.

Cuando comenzó a reaparecer, se sacudió como un perrito después de haberse bañado. Luego sonrió para tranquilizarnos.

—Estoy bien. En realidad ha sido estupendo, a excepción de los últimos segundos.

—No has superado mi marca —constató Zack satisfecho—. Has estado cerca pero has claudicado, como todas las niñas.

—Eh… —Erin le dio un fuerte empujón a Zack—. No seas tan malo.

—Te faltaban sólo quince segundos y te diste por vencida —le dijo Zack.

—No me importa —insistió Erin, frunciendo el reno con rabia—. Fue realmente estupendo. Romperé tu marca la próxima vez, Zack.

—Yo voy a ser el ganador —anunció Zurdi—. Voy a permanecer invisible un día entero, a lo mejor dos.

—Ojo —dije—. Eso puede ser peligroso, Zurdi.

—Ahora le toca a Max —anunció Zack—. A menos que te rindas.

—De ninguna manera —dije echándole una mirada a Erin. Con desgana me puse delante del espejo y tomé aire—. Bueno, Zack, despídete de tu marca —dije tratando de parecer calmado y confiado.

En realidad me di cuenta de que no quería hacerlo. Pero no quería que pensaran que yo era un gallina. Entre otras cosas porque, si me rendía, sabía que Zurdi me lo iba a echar en cara veinte o treinta veces al día por el resto de mi vida.

Así que me decidí a seguir adelante.

—Ten en cuenta una cosa —le dije a Zack—. Cuando diga «listo», significa que quiero regresar. Así que cuando diga «listo» quiero que tires de la cadena tan pronto como sea posible… ¿entendido?

—Entendido —contestó Zack, poniéndose seno—. No te preocupes. Te haré regresar al instante. —Hizo un chasquido con sus dedos—. Así. Recuerda, Max, que tienes que estar más de cinco minutos.

—Allá voy —dije mirando mi imagen en el espejo.

De repente tuve un mal presentimiento.

Un presentimiento realmente malo.

Pero tiré de la cadena de todos modos.

12

Cuando la intensidad de la luz disminuyó, me quedé mirando el espejo.

Los reflejos eran brillantes y claros. Podía ver a April apoyada en la pared de atrás, sentada en el suelo y consultando su reloj.

Zurdi estaba cerca de la pared, a la derecha, observando el lugar donde yo había estado con una sonrisita estúpida. Zack estaba junto a él con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando también hacia el espejo. Erin estaba recostada contra la pared de la izquierda. Sus ojos se dirigían hacia la luz, sobre el marco del espejo.

¿Y dónde estaba yo?

Yo estaba de pie justo frente al espejo. En el centro. Tenía la mirada clavada en sus imágenes y en el lugar donde debería hallarse la mía reflejada.

Pero mi imagen no se veía.

Me sentía perfectamente normal.

Di una patada contra el suelo y las zapatillas de tenis invisibles produjeron el sonido acostumbrado.

Me agarré el brazo izquierdo con la mano derecha y lo apreté. Se sentía perfectamente normal.

—¿Cómo estáis? —dije. Mi voz sonaba igual que de costumbre, sólo que yo era invisible.

Miré hacia la luz que se proyectaba como un rectángulo amarillo sobre el espejo. «¿Cuál será el poder de la luz?», me pregunté.

«¿Tendrá un efecto especial sobre las moléculas? ¿Las romperá de alguna forma para que no puedan ser vistas?»

No. Ésa no era una buena teoría. Si las moléculas se rompieran, yo tendría que sentirlo, y no podría ni dar patadas al suelo ni agarrarme el brazo ni hablar.

Entonces, ¿qué poder tenía esa luz? ¿Acaso nos cubría con algo? ¿Fabricaba una especie de velo? ¿Un velo que nos escondía de nosotros mismos y de los demás?

¡Qué misterio!

Tenía la sensación de que nunca llegaría a averiguarlo, nunca sabría la respuesta.

Aparté la vista de la luz, me estaba empezando a hacer daño.

Cerré los ojos pero seguía viendo dos círculos brillantes.

—¿Cómo estás, Max? —La voz de Erin interrumpió mis pensamientos.

—Creo que bien —dije, aunque mi voz me parecía lejana.

—Cuatro minutos y treinta segundos —anunció April.

—El tiempo ha pasado volando —dije.

Al menos, pensé que eso había dicho. Me di cuenta de que no estaba seguro de si estaba pronunciando las palabras o sólo pensándolas.

La luz amarilla parecía aún más brillante.

De repente tuve la sensación de que la luz caía sobre mí y me rodeaba.

Tiraba de mí.

—Me… me siento raro —dije.

Nadie respondió.

¿Podían oírme?

La luz me envolvió. Empecé a sentir que flotaba.

Esa sensación me daba miedo. Sentía como si estuviera perdiendo el control de mi cuerpo.

—¡Listo! —grité con todas mis fuerzas—. Zack… ¡listo! ¿Puedes oírme, Zack?

Me pareció que habían pasado varias horas cuando Zack contestó:

—Está bien.

Su voz me pareció débil y muy lejana.

A cientos de kilómetros.

—¡Listo! —volví a gritar—. ¡Listo!

—¡Está bien! —oí de nuevo la voz de Zack.

Pero la luz era tan brillante que me deslumbraba. Olas de luz amarilla me envolvían. Océanos de olas de luz.

Me llevaban lejos.

—Tira de la cadena, Zack —grité con todas mis fuerzas. O al menos, creí que gritaba.

La luz me abrazaba muy fuertemente, llevándome lejos, muy lejos.

Sabía que flotaría. Para siempre.

A menos que Zack tirase de la cadena y me hiciera regresar.

—¡Tira de la cadena! ¡Tira! Por favor…

—Ya voy.

Vi que Zack se colocaba frente al espejo.

Lo veía borroso, envuelto en sombras. Se paró en medio de las sombras oscuras, al otro lado de la luz.

Tan lejos…

Me sentía tan ligero como una pluma.

Veía a Zack entre las sombras. Saltó. Agarró la cadena y tiró de ella con fuerza.

La luz no se apagó. Se volvió aún más brillante.

Entonces vi una expresión de horror en la cara de Zack.

Levantó la mano. Trataba de enseñarme algo.

Tenía la cadena en la mano.

—Max, la cadena… —balbuceó— se ha roto. ¡No puedo apagar la luz!

13

Más allá del resplandeciente haz de luz amarilla distinguí claramente la mano de Zack estirada. La cadena oscura colgaba de ella como una serpiente muerta.

—¡Se ha roto! —gemía alarmado mi amigo.

Observé la cadenita a través de la luz. Me sentía como si estuviera revoloteando junto a Zack, flotando, apagándome.

En algún lugar lejano, distante, April gritaba a todo pulmón. Yo no entendía qué estaba diciendo.

Zurdi permanecía inmóvil en el centro del cuartito. Era raro verlo tan quieto. Siempre se movía, saltaba, corría, se caía. Pero ahora él también se había quedado mirando fijamente la cadena.

La luz resplandecía con mayor intensidad.

Vi que algo se movía de repente.

Alguien cruzaba el cuarto. Hice esfuerzos por ver.

Era Erin. Arrastraba una caja grande de cartón por todo el suelo, arañándolo. El ruido que hacía me parecía muy lejano.

Sentía que algo tiraba de mí, pero hice todo lo posible por verla. Llevó la caja hasta el espejo y se subió en ella.

La vi estirarse hacia arriba para alcanzar la lámpara, mirar hacia la luz.

Quería preguntarle qué era lo que intentaba hacer, pero me sentía muy lejos. Flotaba y me sentía ligero, volando.

Y mientras flotaba, la luz se extendió sobre mí, me cubrió. Tiró de mí.

Y de pronto, con una rapidez impresionante, desapareció.

Todo se oscureció.

—¡Lo conseguí! —proclamó Erin triunfante.

»Quedaba un pedacito de cadena colgando, tiré de él y conseguí apagar la luz. —Sus ojos me buscaban frenéticamente por todo el cuarto—. Max, ¿estás bien?, ¿me oyes?

—Sí, estoy bien —respondí.

Me sentía mejor. Más fuerte. Más cerca.

Me puse delante del espejo y busqué el reflejo de mi imagen.

—¡Qué susto! —dijo Zurdi detrás de mí.

—Siento que estoy regresando —les anuncié a todos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó Zack a April.

La cara de April estaba contraída por la preocupación. Seguía sentada junto a la pared, pálida y compungida.

—Cinco minutos y cuarenta y ocho segundos —le dijo a Zack. Y añadió—: Creo que esta competición estúpida es un gran error.

—¡Has superado mi marca! —gruñó Zack volviéndose hacia donde creía que yo estaba—. ¡Increíble! ¡Casi seis minutos!

—Yo resistiré aún más —dijo Zurdi empujando a Zack y colocándose frente al espejo.

—Tenemos que arreglar la cadena primero —le dijo Erin—. Es muy difícil subirse a la caja y tirar de ese pedacito de cadena.

—Me he sentido muy raro al final —les dije, todavía invisible—. La luz se hizo más y más intensa.

—¿Has sentido como si algo lejano tirase de ti? —preguntó Erin.

—Sí —contesté— como si yo me apagara o algo así.

—Así fue como yo empecé a sentirme.

—Esto es muy peligroso —dijo April moviendo la cabeza.

Y aparecí.

Se me doblaron las rodillas y casi me caí. Pero me agarré del espejo y me mantuve de pie. Pasados unos segundos las piernas recobraron fuerzas. Di unos pasos y recuperé el equilibrio.

—¿Y si no hubiéramos podido apagar la luz? —nos preguntó April, poniéndose en pie y limpiándose el polvo de los pantalones con las manos—. ¿Qué habríamos hecho si la cadenita se hubiera roto del todo y la luz se hubiera quedado encendida?

—No lo sé.

—Has superado mi marca —dijo Zack con un gesto de disgusto

—. Eso significa que me tenéis que dar otra oportunidad.

—¡Ni hablar! —protestó Zurdi. Ahora me toca a mí.

—¡Nadie me escucha! —gritó April—. Contestad a mi pregunta. ¿Qué pasaría si alguno de vosotros estuviera invisible y la luz no se apagara?

—Eso no va a pasar —le contestó Zack y sacó un pedazo de cordel de su bolsillo—. Mirad. Voy a atar esto fuertemente a la cadena.

Se subió a la caja y puso manos a la obra.

—Tiraréis del cordel y la luz se apagará —le dijo a April—. No hay problema.

—¿Quién será el primero en salir invisible a la calle? —preguntó Erin.

—Yo quiero ir a la escuela para pegarle un susto a la señorita Hawkins —dijo Zurdi riéndose con sorna. La señorita Hawkins es su profesora de sociales—. Desde el comienzo del curso no hace más que meterme miedo. ¿A que será divertido ponerse detrás de ella y decirle: «¿qué tal señorita Hawkins?», y ver cómo se da la vuelta y no encuentra a nadie?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —se burló Erin—. Zurdi, ¿dónde está tu imaginación? ¿No quieres hacer que las tizas se caigan de sus manos y los borradores vuelen por la clase, vaciar la papelera encima de la mesa del profe y tirarle el yogur en la cara?

—¡Sí! ¡Sería estupendo! —exclamó Zurdi.

Me reí. Era una buena idea. Podríamos ir los cuatro, totalmente invisibles, y hacer lo que quisiéramos. ¡Podríamos destrozar toda la escuela en diez minutos! Haríamos que todo el mundo gritara y saliera huyendo, haciendo el ridículo.

—No podemos hacerlo ahora —dijo Zurdi interrumpiendo mis pensamientos—. Porque es mi turno para batir la marca. —Se volvió hacia April, quien, preocupada, se retorcía un mechón de su cabello negro, con el ceño fruncido—. ¿Lista para controlar el tiempo?

—Creo que sí —contestó resignada.

Zurdi me apartó de un empujón. Se puso frente al espejo, miró su imagen y se estiró hacia el cordel.

14

—¡Zurdi! —oímos detrás de nosotros—. ¡Zurdi!

Sobresaltado por la interrupción pegué un grito. Zurdi se apartó del espejo.

—Zurdi, ¡dile a tu hermano que sus amigos tienen que irse! Ya es hora de cenar. ¡Los abuelitos están aquí y quieren veros!

Mi madre nos estaba llamando.

—Bueno, mamá. ¡Ya bajamos! —le grité rápidamente. No quería que subiera.

—¡Qué injusticia! —protestó Zurdi—. Ahora que me tocaba a mí el turno.

Se puso otra vez frente al espejo y cogió el cordel con rabia.

—Suéltalo —le dije terminante—. Tenemos que bajar rápidamente. No querrás que los papas suban y vean el espejo, ¿o sí?

—Bueno, bueno —refunfuñó—. Pero la próxima vez me tocará el primero.

—Y después a mí —añadió Zack dirigiéndose hacia la escalera —. Me tenéis que dar la oportunidad de superar tu marca, Max.

—Callaos de una vez —les advertí mientras bajábamos por la escalera—. Hablemos de otra cosa.

—¿Podemos volver mañana? —preguntó Erin—, ¿y seguir la competición?

—Mañana estoy ocupada —dijo April.

—Mañana no podemos —contesté—, vamos a visitar a mis primos.

No me gustaba que me lo recordaran. Mis primos tienen un enorme perro lanudo al que le gusta revolcarse en el barro y después saltar sobre mí y limpiarse sus pezuñas peludas con mi ropa. No es especialmente divertido.

—El miércoles no tenemos clase —recordó Zack— porque hay reunión de profesores, creo. Podríamos quedar aquí el miércoles.

—Quizá —dije.

Llegamos al pasillo. Mis abuelos y mis padres estaban sentados a la mesa, en el comedor. Mis abuelitos comían siempre muy temprano. Si alguna vez se retrasaba la comida aunque fuera un minuto, se ponían de mal humor para el resto del día.

Despedí rápidamente a mis amigos, recordándoles que no le contaran a nadie lo que habíamos estado haciendo. Zack volvió a preguntar si podían volver el miércoles y le dije otra vez que no estaba seguro.

Volverse invisible era realmente emocionante, pero también me ponía nervioso.

No estaba seguro de querer hacerlo tantas veces seguidas.

—¡Por favor! —me rogó Zack. Estaba impaciente por volverse invisible otra vez y superar mi marca. No soportaba que yo fuera el campeón.

Cerré la puerta y corrí al comedor para saludar a mis abuelos, que ya habían comenzado la sopa cuando entré.

—Hola mamaíta. Hola papaíto. —Pasé alrededor de la mesa y les di un beso en la mejilla. Mi abuelita olía a naranja y su mejilla era suave.

Les llamábamos mamaíta y papaíto desde pequeños. Me avergüenza seguir llamándolos así ahora, pero todavía lo hago. No tengo alternativa; hasta ellos mismos se llaman ya mamaíta y papaíto.

Parecen hermanos. Supongo que eso sucede cuando uno lleva casado cien años. Tienen la cara larga y delgada y el cabello corto y canoso. Los dos llevan gafas de vidrios gruesos y con montura metálica plateada. Los dos son muy flacos y tienen los ojos tristes.

No me sentía con ganas de sentarme a la mesa y hablar con ellos de tonterías. Todavía estaba excitado por lo que habíamos estado haciendo durante la tarde.

Ser invisible era muy raro y emocionante.

Deseaba estar solo y pensar sobre eso. Ya me entendéis. Quería revivir con el pensamiento todo lo que había sucedido.

Muchas veces, después de que he hecho algo muy emocionante, me gusta subir a mi habitación, acostarme en la cama y pensar acerca de ello. Analizarlo, Desmenuzarlo.

Mi padre dice que tengo un pensamiento científico. Creo que tiene razón.

Ocupé mi asiento en la mesa.

—Pareces más pequeñito —me dijo mi padre limpiándose la boca con la servilleta. Era uno de sus chistes acostumbrados. Lo decía cada vez que me veía.

Me reí a la fuerza y me senté.

—Tu sopa ya debe de estar fría —dijo marmita haciendo un chasquido con la lengua—. No hay nada que me disguste más que la sopa fría. ¿Para qué se la toma uno si no está hirviendo?

—A mí me gusta así —dije tomando una cucharada.

—Tomamos una deliciosa sopa helada durante el verano —dijo papaíto. Le encantaba contradecir a mamaíta y discutir con ella—. Sopa de fresas, ¿recuerdas? No te gustaría que esa sopa fuera caliente, ¿o sí?

—No era de fresas —le contestó mamaíta frunciendo el ceño—. Ni siquiera era sopa, sino uno de esos mejunjes de ahora.

—Claro que no —insistió papaíto—, era sopa helada.

—Como de costumbre, estás equivocado —dijo mamaíta con firmeza.

«Esto puede ponerse feo», pensé.

—¿De qué es esta sopa? —pregunté, tratando de interrumpir la discusión.

—De pollo y fideos —contestó rápidamente mi madre—. ¿No te has dado cuenta?

—Papaíto y yo tomamos hace un par de semanas una sopa que no sabíamos de qué era —dijo mamaíta moviendo la cabeza—. Tuvimos que preguntárselo al camarero. Nunca habíamos comido una igual. Era una sopa de patatas y puerros ¿no es así, papaíto?

Papaíto tragó los fideos con parsimonia.

—No, de tomate —contestó.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó mi padre, viendo la silla vacía junto a mí.

—¿Ah? —reaccioné con sorpresa. Estaba tan ocupado escuchando las absurdas discusiones de mis abuelos sobre la sopa que me había olvidado de Zurdi por completo.

—Se le está enfriando la sopa —dijo papaíto.

—Tendréis que calentársela —señaló mamaíta haciendo chasquidos nuevamente.

—Pero ¿dónde está? —preguntó mi padre.

—Venía detrás de mí —contesté. Me volví hacia la puerta del comedor y grité—: ¡Zurdi! ¡Zurrrrdi!

—No grites en la mesa —me regañó mi madre—. Ponte de pie y ve a buscarlo.

—¿Hay más sopa? —preguntó papaíto—. Quiero más.

Me quité la servilleta, y ya iba a ponerme de pie, cuando vi que el plato de Zurdi se levantaba por el aire.

«¡Ay, no!», pensé.

Al instante supe lo que estaba sucediendo.

El idiota de mi hermano se había vuelto invisible y pensaba hacer una de sus gracias aterrorizando a todos los que estábamos sentados a la mesa.

El plato de sopa flotaba encima del puesto de Zurdi.

Me puse en pie de un salto, cogí el plato y lo puse sobre la mesa tan pronto como pude.

—¡Sal de aquí! —le murmuré a Zurdi.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi madre mirándome.

—Que voy a buscar a Zurdi —contesté rápidamente.

—No hables tanto y ve a buscarlo de una vez —me dijo mi madre impaciente.

El tonto de mi hermano levantó entonces su vaso, que quedó flotando encima de la mesa.

Tragué saliva y lo agarré, pero lo hice con tanto ímpetu que el agua del vaso se derramó sobre la mesa.

—¡Oye! —gritó mi madre.

Dejé el vaso en su sitio.

Miré hacia arriba. Mi padre tenía los ojos puestos en mí, y me miraba con disgusto.

«Lo sabe —pensé, y me invadió la inquietud—. Ha visto todo lo que ha pasado.»

Zurdi nos había aguado la fiesta.

15

Mi padre me miraba enfadado desde el otro lado de la mesa.

Estaba esperando que me dijera: «Max, ¿por qué se ha vuelto invisible tu hermano?»; pero en lugar de eso, estalló:

—Deja de hacer el tonto, Max. No nos interesan tus juegos de magia. Ve a buscar a tu hermano.

Sentí un gran alivio. Mi padre no se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Pensaba que yo estaba haciendo travesuras.

—¿Hay más sopa? —oí que preguntaba papaíto otra vez. Agradecido me aparté de la mesa y salí corriendo del comedor.

—Ya has comido bastante —lo regañó mamaíta.

—¡No!

Atravesé rápidamente la sala a grandes zancadas, subí al segundo piso y me detuve en el pasillo, frente a la puerta que comunica la escalera con la buhardilla.

—¿Zurdi? —susurré—, espero que me hayas seguido.

—Estoy aquí —contestó él. Claro está que no podía verlo, pero estaba junto a mí.

—¿Qué es lo que te propones? —le pregunté furioso. No estaba furioso, estaba rabioso—. ¿Estás tratando de ganar esa estúpida competición? —A Zurdi le tenía sin cuidado que yo estuviera alterado. Se echó a reír—. ¡Cállate! —le dije cuchicheando—. ¡Simplemente cállate! ¡Eres un tonto redomado!

Encendí la luz de la buhardilla y subí la escalera hecho una furia.

—He ganado —dijo. Sentí una fuerte palmada en la espalda.

—¡Basta ya, imbécil! —le grité entrando como una tromba en el cuartito donde estaba el espejo—. ¿No te das cuenta de que casi lo estropeas todo?

—¡Pero he ganado! —repitió feliz.

La lámpara del espejo resplandecía, emitiendo su luz amarilla.

No podía creer que Zurdi fuera tan egoísta; ya lo era normalmente, pero no tanto.

—¿No te has dado cuenta de que podías habernos metido en un lío?

—¡He ganado! ¡He ganado! —cantaba.

—¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevas invisible? —le pregunté. Me paré frente al espejo y tiré del cordel. Se apagó la luz, pero su resplandor seguía en mis ojos.

—Desde que bajasteis —alardeó Zurdi, aún invisible.

—¡De eso hace diez minutos! —exclamé.

—¡Soy el campeón! —proclamó Zurdi.

Me quedé mirando el espejo, esperando a que regresara mi hermano.

—El campeón de la estupidez —repetí—. Es la cosa más tonta que has hecho en toda tu vida.

No dijo nada. Finalmente, me preguntó con una voz muy débil:

—¿Por qué tardo tanto tiempo en regresar?

Antes de que pudiera contestar, oí la voz de mi padre desde abajo:

—¿Max? ¿Estáis los dos ahí arriba?

—Sí. Ya bajamos —grité.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó mi papá. Oí que empezaba a subir y corrí hasta la escalera para impedirlo.

—Perdona, papá —le dije— ya vamos.

—¿Qué es lo que encontráis tan interesante en la buhardilla? —preguntó, mirándome fijamente desde la escalera.

—Sólo trastos viejos —respondí—, nada realmente.

Zurdi apareció detrás de mí. Tenía el mismo aspecto de siempre. Mi padre se fue otra vez al comedor y Zurdi y yo comenzamos a bajar.

—¡Qué bien, ha sido superguay! —exclamó Zurdi.

—¿No te has sentido mal al cabo de un rato? —le pregunté en

voz baja, aunque estábamos solos.

—No —dijo meneando la cabeza— me encontraba muy bien. ¡En realidad fue súper! ¡Deberías haber visto la cara que pusiste cuando hice que el plato de sopa flotara por el aire! —Se echó a reír nuevamente, con esas risitas estridentes que detesto.

—Escúchame, Zurdi —le advertí, deteniéndome en la parte baja de la escalera, cerrándole el paso del corredor—. Hacerse invisible es divertido, pero puede ser peligroso. Tú…

—¡Es superguay! —repitió— y ahora soy el nuevo campeón.

—Escúchame —le dije enfadado, agarrándolo por los hombros —. Tienes que escuchar. Tienes que prometerme que no vas a volver a subir y a volverte invisible tú solo. Es en serio. Tienes que esperar hasta que alguien esté contigo. ¿Me lo prometes? —Y apreté sus hombros con fuerza.

—Está bien, está bien —dijo tratando de soltarse—, te lo prometo.

Miré hacia abajo. Tenía los dedos de las manos cruzados, en señal de que no cumpliría su promesa.

Erin me llamó más tarde esa noche. Ya eran las once. Me había puesto el pijama y estaba leyendo un libro acostado en la cama, pero pensaba ir abajo y pedirles a mis padres que me dejaran ver un programa de televisión que me gustaba.

Erin estaba muy agitada. Ni siquiera saludó. Comenzó a hablar como una ametralladora, con esa voz chillona de ratón que tiene, tan rápido que me costaba trabajo entender lo que decía.

—¿Qué me estás contando de la exposición de ciencias? —le pregunté, alejando el auricular de mi oreja, tratando de entenderla mejor.

—El proyecto ganador —me dijo Erin casi sin respirar—. El premio es un trofeo de plata y un bono para escoger un regalo en Videolandia. ¿Lo recuerdas?

—Sí, ¿y qué? —Todavía no entendía. Creo que tenía más sueño del que imaginaba. Había sido un día lleno de emociones y estaba muy cansado.

—Lo que digo es que ¿por qué no llevas el espejo a la escuela? —dijo Erin nerviosa—. Yo te haría invisible y luego te regresaría; entonces yo me haría invisible. Ése podría ser nuestro proyecto.

—Pero, Erin… —comencé a protestar.

—¡Ganaríamos! —interrumpió—. ¡Seguro que ganaríamos! ¿Quién más podría hacerlo? Obtendríamos el primer premio. ¡Y nos haríamos famosos!

—¡Oye! —exclamé—. ¿Famosos?

—Pues claro. ¡Famosos! ¡Nuestro retrato saldría en las revistas más importantes!

—Erin, no estoy muy seguro de eso.

—¿Qué? ¿No estás seguro de qué?

—No estoy muy seguro de querer ser famoso —expliqué—. En realidad no sé si deseo que todo el mundo se entere de lo del espejo.

—¿Por qué no? —preguntó con impaciencia—. Todo el mundo quiere ser famoso y rico.

—Pero nos quitarán el espejo —le expliqué—. Es un objeto maravilloso, Erin. ¿Magia? ¿Electrónica? ¿Un invento de alguien? Lo que sea, ¡es increíble! Y no van a dejar que un niño se quede con él.

—¡Pero si es tuyo! —insistió.

—Se lo llevarán para examinarlo. Los científicos lo querrán, los políticos también, y el Ejército. Seguramente harán proyectos para hacer invisible al Ejército y cosas por el estilo.

—Es espantoso —murmuró Erin pensativa.

—Sí. Espantoso —dije—, así que no sé. Tengo que pensarlo mucho, muchísimo. Mientras tanto, hay que guardar el secreto.

—Sí, creo que sí —convino Erin, algo dubitativa—. Pero piensa en la exposición de ciencias, Max. Podríamos ganar el premio. Realmente podríamos hacerlo.

—Lo pensaré —le contesté.

Me di cuenta de que sólo había pensado en el espejo.

—April quiere probar —me dijo.

—¿Qué?

—La convencí. Le dije que no dolía para nada. Quiere intentarlo el próximo miércoles. Vamos a intentarlo el miércoles, ¿o no?

—Creo que sí —contesté renuente—, ya que todo el mundo quiere.

—¡Perfecto! —exclamó—. Creo que superaré tu marca.

—La nueva marca es de diez minutos —repuse, y expliqué la

aventura de Zurdi durante la cena.

—Tu hermano está chiflado.

Le dije que estaba de acuerdo con ella y me despedí deseándole buenas noches.

Pero no pude conciliar el sueño. Trataba de dormirme acostado hacia el lado derecho, después hacia el izquierdo. Probé a contar ovejas. Pero no conseguía dormir de ningún modo.

Tenía sueño, pero el corazón me latía apresuradamente y yo no dejaba de dar vueltas. Miraba fijamente el techo, pensando en el espejo del cuartito de arriba.

Ya eran las tres de la madrugada cuando me deslicé fuera de la cama, descalzo y desvelado y me dirigí a la buhardilla. Corno la vez anterior, apoyé el peso de mi cuerpo en la baranda, tratando de que los escalones no emitieran sus habituales crujidos.

Quería llegar tan rápido al cuartito que me di un golpe en el dedo del pie con la esquina de una caja.

—¡Ay! —grité tan bajito como me fue posible. Me dieron ganas de brincar y saltar, pero me contuve y me quedé quieto esperando a que pasara el dolor.

Tan pronto como pude caminar, me fui al cuartito. Arrastré un cartón hasta el espejo y me senté frente a él.

El dedo aún me dolía, pero traté de no hacer caso. Contemplé mi imagen oscura en el espejo, empezando por el pelo, desde luego. Estaba muy desarreglado, pero de veras que no me importó.

Entonces escudriñé con la mirada más allá, detrás de mi reflejo, intentando mirar el espejo profundamente. La verdad es que no sé ni para qué había subido allá ni qué estaba haciendo.

Estaba a la vez cansado y alerta, curioso y confundido, somnoliento y nervioso.

Acaricié el espejo y me sorprendió de nuevo lo frío que estaba en medio del ambiente caliente y cargado del cuartito. Puse la palma de la mano sobre él y la retiré. No dejó huella alguna.

Moví la mano hasta tocar el marco y la deslicé una vez más por la madera lisa. Me puse de pie y caminé lentamente alrededor del espejo. Detrás estaba demasiado oscuro para ver algo. La parte posterior del marco era lisa, plana, nada interesante.

Regresé al frente y miré de soslayo la lámpara. Parecía una

lámpara común y corriente. No tenía nada especial. La bombilla tenía una forma rara, larga y muy estrecha, pero no tenía nada especial.

Volví a sentarme en el cartón, apoyé la cabeza en los brazos y, borracho de sueño, me quedé mirando fijamente el espejo. Bostecé.

Sabía que debía regresar a la cama y dormir. Mis padres nos iban a despertar temprano para ir a visitar a mis primos.

Pero había algo que me retenía allí.

Supongo que mi curiosidad.

No sé cuánto tiempo permanecí sentado, como una estatua, ante mi imagen quieta. Puede que sólo fuera un minuto, o tal vez media hora.

Pero pasado un rato, mi imagen reflejada en el espejo parecía haber perdido nitidez. Contemplaba ahora unas formas indefinidas, colores borrosos y sombras profundas.

Y entonces oí un suave susurro.

—Maaaaaaaax.

Como el murmullo de las hojas meciéndose al viento.

No era una voz. Ni siquiera un rumor.

Apenas un asomo de susurro.

—Maaaaaaaax.

Al principio creí que se trataba de mi imaginación.

Era tan lánguido, tan suave pero tan cercano…

Contuve el aliento y escuché atentamente.

Silencio.

De manera que sí se trataba de una simple imaginación.

Inspiré profundamente y solté el aire con lentitud.

—Maaaaaax.

Otra vez, el susurro.

Un poco más fuerte esta vez. En cierta forma, triste, como un lamento. Una llamada de auxilio que venía de lejos, muy lejos.

—Maaaaaaaax.

Me tapé los oídos con las manos. ¿Estaba tratando de no oírlo? ¿Tratando de que se callara?

Dentro del espejo, las formas oscuras reflejadas fueron cambiando lentamente. Observé de nuevo mi expresión; era tensa y asustada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, desde la cabeza

hasta los pies.

—Maaaaax.

El susurro, me di cuenta, salía del espejo.

¿Salía de mi propio reflejo? ¿O de atrás de mi imagen?

Me puse en pie de un salto, me di la vuelta y corrí. La madera del suelo retumbaba bajo mis pies descalzos. Me precipité escaleras abajo, recorrí el pasillo en un abrir y cerrar de ojos y me deslicé en la cama.

Cerré los ojos con fuerza y recé para que el susurro aterrador no me persiguiera.

16

Me cubrí la cara con las sábanas. Tenía mucho frío y el cuerpo me temblaba.

Respiraba aguadamente, agarrando con ambas manos el borde de la sábana, esperando y escuchando.

¿Me seguirían los murmullos hasta la alcoba? ¿Eran reales, o estaban sólo en mi imaginación?

¿Quién me estaría llamando, susurrando mi nombre de esa forma tan triste y desesperada?

De repente oí un jadeo más fuerte que el mío y sentí junto a la cara un aliento caliente, agrio y húmedo.

Algo se abalanzaba sobre mí.

Abrí los ojos aterrado.

—¡Nieve! —grité.

El tonto de mi perro estaba sentado sobre sus patas traseras, encima de las sábanas, lamiéndome la cara sin parar.

—¡Nieve, precioso! —exclamé riéndome. Su lengua áspera me hacía cosquillas. Nunca me había alegrado tanto de verlo.

Lo acaricié mientras él gimoteaba emocionado y movía su colita como un loco.

—Nieve, ¿qué te pasa? —le pregunté acariciándolo—. ¿También tú oyes voces?

Emitió un pequeño ladrido, como contestando mi pregunta. Entonces saltó de la cama y se sacudió.

Dio tres vueltas cortas sobre sí mismo, haciéndose un sitio en la alfombra, y se echó, bostezando sonoramente.

—Estás muy raro esta noche —dije. Se enroscó bien y comenzó a mordisquearse la colita.

Adormecido por los rítmicos ronquidos del perro, me hundí al fin en un inquieto sueño.

Cuando desperté se veía un cielo gris desde la ventana, por cuya rendija abierta la brisa empujaba con fuerza las cortinas.

Me senté rápidamente, alerta. «No he de subir más a la buhardilla», pensé.

«Debo olvidarme de ese estúpido espejo.»

Me levanté y me estiré. «Debo olvidarme yo y conseguir que los demás lo hagan.»

Pensé en el susurro de la madrugada. Esa voz triste que me llamaba.

—¡Max!

La voz, procedente del exterior de la habitación, me devolvió a la realidad y me sacó de mis tenebrosos pensamientos.

—Max… ¡es hora de levantarse! Vamos a ver a tus primos, ¿recuerdas? —Mi madre me hablaba desde el pasillo—. Date prisa. El desayuno ya está servido.

—¡Ya estoy levantado! —grité—. Bajo en un minuto.

Oí sus pasos al bajar por las escaleras, y a continuación los ladridos de Nieve pidiendo que le abriera la puerta para salir.

Me estiré de nuevo.

—¡Uy! —grité al ver que la puerta de mi armario se abría.

Una camiseta roja se desprendió de su estante y empezó a flotar por la habitación.

Oí risitas. Unas risitas conocidas.

La camiseta se puso a bailar delante de mis narices.

—Zurdi, ¡qué tonto eres! —le grité enfadado. Traté de coger la camiseta pero se escabulló de mis manos—. ¡Me prometiste que no volverías a hacerlo!

—Tenía los dedos cruzados —dijo riéndose.

—¡No me importa! —grité. Me abalancé hacia la camiseta y la agarré—. Basta ya. Lo digo en serio.

—Sólo quería darte una sorpresa —dijo, fingiendo que yo había herido sus sentimientos. Unos pantalones salieron del armario y comenzaron a desfilar hacia un lado y otro, frente a mí.

—Zurdi, ¡te voy a matar! —le amenacé. Luego bajé la voz, al recordar que mis padres podían oírnos—. Deja eso… ya. Sube y apaga la luz del espejo. ¡Date prisa!

Lancé un fuerte puñetazo al lugar donde se hallaban los pantalones.

¿Por qué mi hermano era tan tonto? ¿No se daba cuenta de que esto no era sólo un juego?

De repente, los pantalones cayeron sobre la alfombra.

—Zurdi, tíramelos —le pedí—. Y después sube y vuélvete visible otra vez.

Silencio.

Los pantalones no se movieron.

—Zurdi, basta de travesuras —le dije con firmeza, sintiendo una punzada de miedo—. Tírame los pantalones y sal de aquí.

No hubo respuesta.

Los pantalones permanecían hechos un ovillo sobre la alfombra.

—¡Ya basta de tonterías! —grité alarmado—. ¡No te hagas el gracioso! Ya basta, de verdad. ¡Me estás asustando!

Sabía que eso era lo que él quería oír. En cuanto yo admitiera que me estaba asustando, él se reiría y se iría; estaba seguro.

Pero no. La habitación continuaba en silencio. Las cortinas se balanceaban alejándose de la ventana y los pantalones continuaban tirados sobre la alfombra.

—¿Zurdi? Eh, ¿Zurdi? —repetí con voz temblorosa.

Nadie respondió.

—¿Zurdi? ¿Estás ahí?

Silencio.

Había desaparecido.

17

—¿Zurdi? —Mi voz era débil y temblorosa.

Mi hermano no estaba allí. No estaba jugando. Había desaparecido.

Sin pensarlo dos veces, corrí hacia el pasillo y subí a la buhardilla. Mis pies descalzos golpeaban con fuerza los escalones de madera, mientras el corazón me latía aún más fuerte.

Al entrar en la buhardilla, me inundó una ola de miedo.

¿Y si Zurdi había desaparecido para siempre?

Con un grito de terror me precipité al cuartito.

La luz brillante que se reflejaba en el espejo hirió mis ojos.

Tapándomelos con una mano, me acerqué al espejo y tiré de la cadenita. La luz se apagó de inmediato.

—¿Zurdi? —llamé ansiosamente. Ninguna respuesta—. ¿Zurdi? ¿Estás aquí? ¿Puedes oírme? —El miedo me paralizaba. Respiraba agitadamente y casi no podía ni hablar—. ¿Zurdi?

—Hola Max, estoy aquí. —La voz de mi hermano surgió a mi lado.

Feliz de oírlo, me volví y le di un abrazo, aun cuando no podía verlo.

—Estoy bien —dijo, turbado por mi emoción—, de veras, Max, estoy bien.

Pasaron varios minutos antes de que reapareciera.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, examinándolo de arriba abajo corno si no lo hubiera visto en meses—. Estabas haciendo el tonto en mi cuarto y de repente no te oí más.

—Estoy bien —insistió alzando los hombros.

—Pero ¿adónde fuiste? —pregunté.

—Aquí arriba —repitió.

—Pero Zurdi… —Había algo extraño en él, algo diferente. No podía detallar qué era. Pero había algo raro en su cara.

—Deja de mirarme así, Max —dijo, apartándome a un lado—. Estoy bien. De verdad. —Y se dirigió correteando a la escalera.

—Pero Zurdi…

—Por favor, no me hagas más preguntas, ¿de acuerdo? Estoy bien.

—No te acerques al espejo —le dije con firmeza—. ¿Me oyes? —Empezó a bajar—. Lo digo en serio, Zurdi. No te vuelvas a hacer invisible.

—Está bien, está bien —me respondió cortante—. No lo haré más.

Miré sus dedos para asegurarme de que no los tenía cruzados. En efecto, esta vez no los tenía cruzados.

Mi madre nos estaba esperando en el pasillo.

—Conque estabais aquí —dijo con impaciencia—. Max, ni siquiera te has vestido.

—Voy corriendo —le dije, y me encerré en la habitación.

—Zurdi, ¿qué te has hecho en el pelo? —oí que le preguntaba a mi hermano—. ¿Te has peinado de otra forma?

—No —contestó Zurdi—. Como siempre, mamá. De verdad. No me ves bien.

—Deja de hacerte el listo y baja —le dijo mi madre.

Definitivamente había algo raro en mi hermano. Mi madre también se había dado cuenta, pero yo no sabía qué era.

Mientras me ponía los pantalones comencé a sentirme mejor.

Había estado muy asustado, asustado de que algo terrible le hubiera pasado a mi hermano, de que hubiera desaparecido para siempre y no pudiéramos verlo nunca más.

Y todo por ese estúpido espejo.

De repente pensé en Erin, April y Zack.

Estaban emocionados pensando en el miércoles. En la gran competición. Hasta April quería volverse invisible ese día.

«No», pensé.

«Tengo que llamarlos y decírselo.

»Ya he tomado una decisión.

»Nada de espejos. Nada de volvernos invisibles.

»Los llamaré en cuanto volvamos del viaje y les diré que no habrá competición.»

Me senté en la cama para atarme las zapatillas de tenis.

«Por fin —pensé—. Esto me quita un peso de encima.»

Así fue. El haber decidido no utilizar el espejo nunca más me hizo sentir mucho mejor. Todos mis temores parecían desvanecerse en el aire.

Ni siquiera presentía que lo más aterrador estaba todavía por venir.

18

Cuál no sería mi sorpresa cuando Zack, Erin y April se presentaron a mi puerta el miércoles, temprano.

—Ya os dije que no había competición —gruñí, mirándolos con asombro desde la puerta.

—Pero Zurdi nos ha llamado —replicó Erin— para decirnos que habías cambiado de idea.

Los otros dos estuvieron de acuerdo.

Me quedé boquiabierto sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Zurdi?

Todos asintieron.

—Nos llamó ayer —dijo April.

—Pero si Zurdi ni siquiera está aquí —les dije mientras entraban —. Se fue al parque a jugar a pelota con unos amigos.

—¿Quién es? —preguntó mi madre, que apareció por el pasillo, limpiándose las manos con un trapo para secar los platos. Cuando descubrió a mis amigos, me miró asombrada—. Max, creía que me ibas a ayudar a arreglar el sótano. No sabía que habías quedado con Zack, Erin y April.

—Si no he quedado yo —repliqué débilmente—. Zurdi…

—Nos hemos presentado de improviso —le dijo Zack a mi madre, apoyándome.

—Si estás ocupado nos vamos —añadió Erin.

—No, no os vayáis —les dijo mi madre—. Max estaba protestando, diciendo que iba a ser muy aburrido ayudarme. Así que está bien que hayáis venido los tres.

Regresó a la cocina. Apenas se fue, mis tres amigos empezaron a atosigarme.

—¡Arriba! —gritó ansiosamente Zack, señalando la escalera.

—¡Volvámonos invisibles! —susurró Erin.

—Me toca primero a mí, porque nunca lo he hecho —dijo April.

Traté de que entraran en razón, pero no me hicieron ningún caso.

—Está bien, está bien —dije con desgana. Iba a reunirme con ellos, cuando oí ruidos en la puerta.

Reconocí el sonido. Era Nieve, arañando la puerta para que le abrieran, de regreso de su caminata matutina. Empujé la puerta y entró trotando y meneando la colita.

Traía la cola llena de hojas pegadas y lo perseguí hasta la cocina, donde logré que se quedara quieto y pude arrancárselas.

Enseguida subí corriendo a la buhardilla para unirme a mis amigos.

Cuando llegué, April ya estaba frente al espejo y Zack de pie junto a ella, listo para encender la luz.

—¡Eh! —grité.

Se volvieron a mirarme. April tenía cara de susto.

—Si no lo hacemos bien, me rajo —dijo.

—Más bien, creo que es necesario poner unas reglas primero —declaré—. Este espejo en realidad no es un juguete, y…

—Vale, vale, ya lo sabemos —me interrumpió Zack sonriendo—. Vamos Max, no nos des más lecciones, ¿de acuerdo? Sabemos que estás nervioso porque vas a perder. Pero eso no justifica…

—Yo no quiero competir —dijo April inquieta—. Sólo quiero saber qué se siente cuando se es invisible. Sólo por un minuto. Y regresar enseguida.

—Yo en cambio intentaré batir la marca mundial —alardeó Zack apoyándose en el marco del espejo.

—Yo también —dijo Erin.

—La verdad es que no creo que eso sea una buena idea —les dije, mirándome en el espejo—. Deberíamos volvernos invisibles sólo durante períodos breves de tiempo. Es muy peligroso permanecer…

—¡Qué tontería! —dijo Zack meneando la cabeza.

—Tendremos mucho cuidado, Max —me aseguró Erin.

—Es que tengo un mal presentimiento —les confesé. Llevaba el pelo revuelto y me acerqué al espejo para alisármelo con la mano.

—Creo que deberíamos hacernos invisibles todos al mismo tiempo —dijo Zack, y sus ojos azules se iluminaron de la emoción —. Así podríamos ir al parque y dar un susto de muerte a tu hermano.

Todos se rieron, menos April.

—Yo sólo quiero probar por un minuto —insistió—. Eso es todo.

—Primero es la competición —le dijo Erin a Zack— y después saldremos a asustar a la gente.

—¡Bueno! ¡Está bien! —convino Zack.

Me resigné. No había forma de razonar con Zack y con Erin. Estaban obsesionados con la competición.

—Bueno, acabemos con esto de una vez por todas —les dije.

—Pero yo voy primero —dijo April volviéndose hacia el espejo.

Zack se estiró para alcanzar el cordel.

—¿Lista? Contaré hasta tres —le dijo.

Me volví hacia la puerta cuando oí que Nieve entraba husmeando con la nariz pegada al suelo y la cola tiesa.

—Nieve, ¿qué haces aquí arriba? —le pregunté.

No me hizo caso y continuó concentrado olfateándolo todo.

—A la una… a las dos… —comenzó Zack.

—Cuando yo diga «listo» me haces regresar ¿vale? —dijo April plantada delante del espejo—. Nada de bromas ni cosas por el estilo, Zack.

—Nada de bromas —repitió Zack en tono serio—. Tan pronto como quieras regresar, apagaré la luz.

—Bien —susurró April.

Zack reinició la cuenta.

—A la una… a las dos… y ¡a las tres!

En el momento en que dijo «tres» y tiró del cordel, Nieve se paró junto a April.

La luz se encendió con un relámpago.

—¡Nieve! —grité—. ¡Ven aquí!

Pero era demasiado tarde.

Mi perro dio un breve ladrido de sorpresa y desapareció con

April.

19

—¡El perro! —gritó Erin.

—¡Eh… no estoy! ¡Me he vuelto invisible! —exclamó al mismo tiempo April.

Oía los gemidos de Nieve y notaba que estaba muy asustado.

—¡Tira del cordel! —le grité a Zack.

—¡Todavía no! —protestó April.

—¡Tira! —insistí.

Zack me obedeció. Primero apareció April con cara de enfado.

Nieve apareció después y se cayó, le temblaban las patas.

Estaba tan gracioso que todos nos pusimos a reír.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —La voz de mi madre, desde la escalera, nos sumió en un profundo silencio al instante—. ¿Qué estáis haciendo?

—Nada, mamá —le contesté rápidamente, haciéndoles señas a mis amigos para que permanecieran en silencio—. Sólo estamos pasando el rato.

—No entiendo qué es lo que encontráis tan interesante en esa buhardilla llena de polvo —exclamó.

Crucé los dedos para que no subiera a ver qué hacíamos.

—Sólo nos gusta estar aquí —respondí. No era una buena respuesta, pero fue la única que se me ocurrió.

Tras haber recuperado el equilibrio, Nieve corrió escaleras abajo. Se oía el sonido de sus uñas al golpear los escalones de madera mientras bajaba a reunirse con mi madre.

—Esto no ha sido justo —protestó April una vez que mi madre y

Nieve se hubieron ido—. Ha sido demasiado rápido.

—Deberíamos salir de aquí —dije—. Si sucede otro imprevisto no sabemos qué puede ocurrir.

—Eso lo hace aún más emocionante —insistió Erin.

—Quiero repetir —intervino April.

Discutimos durante unos diez minutos y, una vez más, nadie me escuchó.

La competición iba a comenzar y Erin sería la primera.

—La marca es diez minutos —le informó Zack.

—No hay problema —dijo Erin haciendo muecas en el espejo—. Diez minutos es muy fácil.

April había ocupado su lugar acostumbrado, sentada en el suelo y apoyada en la pared, controlaba el tiempo. Ya habíamos acordado que ella tendría otro turno cuando terminara la competición.

Cuando terminara…

Estaba deseando que ya hubiera terminado. Sentía escalofríos por todo el cuerpo, me encontraba mal y parecía como si algo me estuviera aplastando.

«Por favor, por favor —me dije—, que todo salga bien.»

Zack tiró del cordel.

Erin desapareció en medio de un relámpago.

April consultó su reloj.

Zack se alejó del espejo dando un paso hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos resplandecían de la emoción.

—¿Qué pinta tengo? —bromeó Erin.

—Nunca te he visto mejor —dijo Zack siguiéndole el juego.

—Me gusta tu nuevo peinado —bromeó April, apartando la mirada del reloj.

Hasta April estaba haciendo chistes y divirtiéndose. ¿Por qué no podía relajarme yo también? ¿Por qué estaba tan asustado?

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Erin, pronunciando estas palabras con dificultad.

—Muy bien —respondió Erin.

Oía sus pasos por la habitación.

—Si te encuentras mal, di «listo» y Zack tirará del cordel —le dije.

—Ya sé —replicó con impaciencia—, pero no estaré lista hasta

que haya superado la marca.

—Después me toca a mí —le dijo Zack a Erin, todavía con los brazos cruzados sobre el pecho—. Así que no serás la campeona por mucho tiempo.

De pronto Zack abrió los brazos y, sin ton ni son, empezó a darse cachetes él mismo.

—¡Ay! ¡Quieta, Erin! —gritó, tratando de escapar—. ¡Déjame!

Oímos las risas de Erin mientras Zack se daba unos cachetes más; finalmente logró zafarse.

—Un minuto —anunció detrás de nosotros April.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —se quejó Zack tocándose las mejillas enrojecidas.

Erin se reía otra vez.

—¿Todavía estás bien? —pregunté, mirando al espejo.

—Muy bien. No te preocupes, Max —me regañó.

Súbitamente, se me subió la camiseta hasta taparme la cara y se oyeron las risas de Erin.

—¡Déjame en paz! —grité, intentando desembarazarme de ella.

—Dos minutos —anunció April.

Oí un crujido en la escalera. Unos segundos más tarde Nieve asomó la cabeza, pero se detuvo en la puerta y miró hacia dentro, sin entrar.

—¡Vuelve abajo! —le ordené—. ¡Baja!

Me miró como si estuviera pensando si obedecerme o no. Pero no se movió de la puerta.

No quería correr el riesgo de que se acercara demasiado al espejo, así que lo agarré por el collar y lo arrastré hasta la escalera. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que tenía que bajar.

Cuando regresé al cuartito, April acababa de anunciar que Erin llevaba cuatro minutos. Zack daba vueltas con impaciencia frente al espejo, no podía esperar tranquilamente a que le llegara el turno.

Seguí pensando en Zurdi. Si sabía que yo los había llamado a todos para cancelar la competición, por qué había llamado a Zack, a Erin y a April para decirles que sí la había.

Creí que se trataba de una de sus bromas.

Ya me vengaría de él.

Sería una venganza terrible.

—Ocho minutos —anunció April.

—No está mal —le dijo Zack a Erin—. ¿Estás segura de que todavía no quieres regresar? De todos modos vas a perder, así que ¿por qué no nos ahorras a todos un poco de tiempo?

—¿Todavía te encuentras bien? —le pregunté yo con ansiedad. No hubo respuesta—. ¿Erin? —llamé, buscándola con la mirada como si tuviera la posibilidad de encontrarla—. ¿Te encuentras bien?

Silencio.

—Erin… deja de hacer el tonto. ¡Esto no es un juego! —grité.

—Sí. ¡Contéstanos! —exigió Zack.

No hubo respuesta alguna.

Al mirar al espejo, vi reflejada en la cara de April una expresión de terror.

—Erin ha desaparecido —susurró asustada.

20

—Erin… ¿dónde estás? —grité.

Como no oí ninguna respuesta, corrí hacia el cordel. En cuanto lo agarré, oí unas pisadas que se acercaban al cuartito. Unos segundos más tarde entró flotando una lata de Coca-Cola.

—¿Me habéis echado de menos? —preguntó Erin con sorna.

—¡Casi nos morimos del susto! —dije gimoteando, con la voz entrecortada.

Erin se echó a reír.

—No sabía que fuera tan importante.

—No tiene la menor gracia, Erin —afirmó Zack. Por fin estaba de acuerdo conmigo—. Nos has asustado de verdad.

—Tenía sed —contestó Erin. La lata de Cola-Cola se inclinó y vimos cómo salía el líquido a borbotones, y desaparecía a medida que fluía dentro de su boca.

—Supongo que ser invisible da mucha sed —explicó Erin—, así que he bajado y he cogido una lata de Coca-Cola.

—Podrías habérnoslo dicho —la regañó April, y consultó su reloj —. Nueve minutos.

—No tenías que haber bajado —añadí, acalorado—. ¿Qué habría pasado si mi madre te hubiera visto?

—¿Visto?

—Bueno… ya sabes a qué me refiero —refunfuñé.

Erin se reía, aunque yo pensaba que no había motivo de risa.

¿Por qué era yo el único que se tomaba el asunto en serio?

Erin superó la marca de Zurdi. Cuando April informó que ya

habían pasado doce minutos, Zack le preguntó a Erin si quería regresar.

No hubo respuesta.

—¿Erin? ¿Nos estás tomando el pelo otra vez? —le pregunté.

Ninguna respuesta.

De nuevo me invadió el miedo. Me acerqué al espejo y tiré del cordel. Me temblaba la mano. Empecé a rezar en silencio pidiendo que Erin regresara bien.

La luz se apagó.

En medio de una gran tensión, los tres nos pusimos a esperar el regreso de Erin.

Después de lo que pareció una eternidad, nuestra amiga inició el regreso.

—¡La nueva campeona! —anunció levantando los brazos en señal de victoria y con una sonrisa triunfante.

—¿Estás bien? —le pregunté, todavía asustado.

—Muy bien, ¡preocupado! —Y se apartó del espejo caminando vacilante.

La observé atentamente.

Tenía algo diferente.

Tenía buen aspecto. No estaba pálida ni parecía mareada.

Pero había algo distinto en ella. ¿Era su sonrisa? ¿Su cabello? ¿Qué era?

—Max, tira del cordel. —La voz ansiosa de Zack interrumpió mis pensamientos—. Vamos hombre, que voy a por los quince minutos.

—Bueno, prepárate —dije mirando de reojo a Erin, mientras agarraba el cordel. Ella me dedicó una sonrisa estimulante.

Pero había algo distinto en ella.

Algo.

Pero ¿qué era?

Tiré del cordel. Zack desapareció envuelto en luz.

—¡El retorno del hombre invisible! —anunció con voz grave.

—No hables tan alto —le advertí— mi madre puede oírte desde abajo.

Erin se había echado en el suelo junto a April. Me fui hacia donde estaban y me detuve frente a ella.

—¿Estás segura de que estás bien? —le pregunté—. ¿No estás

mareada o rara, o algo por el estilo?

Meneó la cabeza.

—No. De verdad no. ¿Por qué no me crees, Max?

Observándola con detenimiento, trataba de adivinar por qué su aspecto me parecía distinto. ¡Era un misterio! No podía describirlo.

—Bien, entonces explícame, ¿por qué no contestabas cuando yo te llamaba? —le pregunté.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. ¿Cuándo?

—Cuando habían transcurrido alrededor de doce minutos —le dije—. Te llamé y Zack también, pero no nos contestaste.

Erin adoptó un aire pensativo.

—Supongo que no os oía —respondió finalmente—, pero estoy bien, Max. De verdad. Me siento muy bien. Fue estupendo.

Me senté en el suelo a su lado y me apoyé en la pared, esperando a que terminara el turno de Zack.

—Quiero que lo entendáis bien. No apaguéis la luz hasta que no hayan pasado quince minutos —me recordó éste.

A continuación me alborotó el cabello, dejándomelo todo de punta.

Las niñas se rieron.

Tuve que levantarme, ir hasta el espejo y peinarme. No entiendo cómo hay gente que piensa que llevar el pelo revuelto es gracioso. No lo entiendo.

—¡Eh!, ¡seguidme! Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Zack. Su voz procedía de la puerta.

—Un momento… ¡espera! —gruñí. Pero por el sonido de sus zapatillas, ya estaba atravesando la buhardilla.

—¡Seguidme! —nos llamó. Oía sus pasos en los escalones.

—Zack… no lo hagas —le pedí—. No sé qué se te habrá ocurrido, pero ¡no lo hagas!

Sin embargo, no había forma de hacerle entrar en razón; no me escuchaba.

Unos segundos más tarde habíamos salido por la puerta trasera, siguiendo a nuestro amigo invisible hasta el patio del vecino, el señor Evander.

«Nos vamos a meter en un lío —pensé con tristeza—. En un buen lío.»

Erin, April y yo nos escondimos detrás del seto que separaba los dos patios. Como era su costumbre, el señor Evander había salido a su huerta de tomates y estaba agachado limpiando la maleza. La barriga le sobresalía por debajo de la camiseta y su calva enrojecida brillaba bajo el sol.

«¿Qué irá a hacer Zack?», me pregunté amedrentado y conteniendo el aliento.

Entonces vi que tres tomates se levantaban del suelo, flotando en el aire, y se acercaban al señor Evander.

«¡Ay! No», pensé, gimiendo en silencio.

»Por favor, Zack, no lo hagas. Por favor.»

Erin, April y yo estábamos acurrucados detrás del seto, observando, sin dar crédito a lo que estábamos viendo: los tres tomates empezaron a girar rápidamente por los aires.

Zack, invisible, estaba haciendo malabarismos con ellos. Alardeando, como de costumbre. Siempre se enorgullecía de que él era capaz de hacer malabarismos y nosotros no.

Pasó un buen rato antes de que el señor Evander se diera cuenta, pero cuando finalmente vio los tomates por ahí danzando, a pocos metros de donde estaba, se le salieron los ojos de las órbitas y enrojeció ¡como un tomate!

—¡Ay! —gritó. Se le cayeron las ramas de las manos y se quedó helado, mirando fijamente a los tomates.

Zack los lanzó más alto.

April y Erin se taparon la boca para ahogar una carcajada. Creían que Zack estaba haciendo algo divertidísimo. En cambio yo, lo único que quería era que Zack regresara a la buhardilla.

—¡María! ¡María! —llamaba el señor Evander a su esposa—. María… ¡ven acá! ¡Tienes que ver esto! ¡María!

Unos segundos más tarde, su esposa salió corriendo por el patio, asustada.

—¿Qué te pasa, Miguel? ¿Qué te pasa?

—Mira… ¡estos tomates hacen cabriolas en el aire! —gimió el señor Evander, haciéndole señas para que se apresurara.

Zack dejó caer los tomates al suelo.

—¿Dónde? —preguntó la señora Evander sin aliento, corriendo lo más rápido que podía.

—Allí, ¡mira! —señaló el señor Evander.

—No veo ningún tomate —dijo la señora Evander al tiempo que, jadeante, se detenía junto a su esposo.

—¡Sí! Están dando vueltas. Están…

—¿Esos tomates? —preguntó la señora Evander, señalando los tres tomates en el suelo.

—Bueno… sí. Hacían cabriolas en el aire y… —El señor Evander, confuso, se rascó la nuca.

—Miguel, ¿cuánto hace que estás aquí fuera, al sol? —le regañó su esposa—. ¿No te he dicho que te pusieras una gorra?

—Eh… voy a entrar un rato —dijo en voz baja el señor Evander, observando los tomates.

En cuanto la señora Evander se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la casa, los tres tomates se levantaron del suelo flotando y comenzaron a bailotear en el aire otra vez.

—María, ¡mira! —exclamó alterado el señor Evander—. Mira… ¡rápido! ¡Ya vuelven!

Zack dejó caer los tomates.

La señora Evander se volvió y miró el espacio vacío.

—Miguel, es mejor que entres conmigo… inmediatamente —insistió. Y agarró al señor Evander por el brazo y se lo llevó.

El pobre hombre estaba totalmente desconcertado, miraba los tomates que estaban en el suelo, y seguía rascándose la nuca cuando su esposa lo metió en la casa.

—¡Esto es fantástico! —exclamó Zack a mi lado.

Erin y April se desternillaban de risa. Tuve que admitir que había sido muy divertido. Nos reímos un buen rato. Después, entramos a hurtadillas en casa y subimos a la buhardilla.

A salvo en el cuartito, nos reímos otro rato de la actuación de Zack, quien hizo alarde de ser el primer malabarista invisible del mundo.

Pasados doce minutos, nuestro amigo dejó de repente de contestarnos.

Como le había sucedido a Erin.

Los tres lo llamamos una y otra vez.

Silencio. Zack no contestaba.

—Voy a hacerlo regresar —dije aterrorizado, y corrí hacia el

cordel.

—Espera —dijo Erin, deteniéndome.

—¿A qué? —le pregunté, desembarazándome de ella.

—Nos ha dicho que esperáramos quince minutos, ¿no te acuerdas?

—Erin, Zack ha desaparecido ¡por completo! —gemí.

—Pero va a ponerse furioso.

—Yo voto porque le hagamos regresar ahora —dijo April con ansiedad.

—Dale los quince minutos —insistió Erin.

—No —dije, y tiré del cordel.

La luz se apagó.

Unos minutos después, Zack regresó vacilante y nos sonrió.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó dirigiéndose a April.

—Trece minutos y veintidós segundos —le contestó.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—¡El nuevo campeón!

—¿Estás bien? No nos has contestado —dije examinando su cara.

—Muy bien. No te oía cuando me llamabas, pero estoy bien.

Zack también había cambiado. Tenía algo distinto. Pero ¿qué era?

—¿Qué sucede, Max? —me preguntó—. ¿Por qué me miras como si fuera un ser de otro mundo o algo por el estilo?

—Tu pelo —le respondí fijándome bien—, ¿estaba así antes?

—¿De qué estás hablando? ¿Estás enfermo, o qué? —preguntó Zack poniendo los ojos en blanco.

—¿Llevabas el pelo así? —repetí—. ¿Corto por el lado derecho, y largo por el izquierdo? ¿No era al revés?

—Estás hecho un lío, Max —dijo sonriendo a Erin y a April—. Siempre he llevado el pelo así. ¿Has estado mirando al espejo mucho rato o qué?

Habría jurado que antes llevaba el pelo corto por la izquierda y largo por la derecha. Pero supuse que Zack lo sabría mejor que yo.

—¿Vas tú ahora? —preguntó Erin, saltando detrás de mí.

—Sí, ¿vas a intentar batir la marca de quince minutos? —preguntó Zack.

Meneando la cabeza contesté:

—No, no tengo ganas. Declaremos vencedor a Zack y salgamos de aquí.

—¡De ninguna manera! —contestaron al unísono Zack y Erin.

—Tienes que intentarlo —insistió Zack.

—No te rajes, Max. Puedes ganar a Zack, yo sé que puedes —dijo Erin.

Ella y Zack me empujaron hacia el espejo.

Traté de zafarme de ellos, pero prácticamente me retuvieron por la fuerza en ese sitio.

—No quiero, de verdad —dije—. Que Zack sea el ganador. Yo…

—¡Inténtalo, Max! —me pidió Erin—. Estoy apostando por ti.

—Sí, inténtalo —repitió Zack, poniendo la mano firmemente sobre mi hombro.

—No. No… —dije.

Pero Zack estiró la otra mano y tiró del cordel.

21

Observé el espejo un momento, esperando a que se disiparan los puntos luminosos que veía. Una vez que la imagen ha desaparecido, impresiona contemplar el lugar en que uno ha estado… y te das cuenta de que estás mirando ¡a través de ti mismo!

—¿Cómo te encuentras, Max? ¿Cómo estás? —preguntó Erin, imitándome.

—¿Qué te pasa? —le dije. No solía ser así de irónica.

—Te estoy dando a probar un poco de tu propia medicina —replicó sonriendo.

Había algo extraño en su sonrisa. Algo que no era normal.

—¿Crees que podrás superar mi marca? —preguntó Zack.

—No lo sé. Es posible —respondí sin mucha convicción.

Zack se acercó al espejo y contempló su imagen. Tuve una extraña sensación cuando lo vi. No la puedo describir. Nunca lo había visto admirándose a sí mismo de esa forma.

Había algo diferente. Lo sabía. Pero no podía descubrir qué era.

«Es posible que todo se deba a mis nervios», me dije.

—Dos minutos —anunció April.

—¿Te vas a estar todo el tiempo ahí? —preguntó Erin observando el espejo—. ¿No vas a hacer nada, Max?

—No. No lo creo —dije—. No se me ocurre nada. Sólo voy a esperar a que pase el tiempo.

—¿Te rindes? —preguntó Zack, sonriendo hacia el lugar donde creía que estaba yo.

Moví la cabeza en señal de negación pero después me acordé de

que nadie podía verme.

—No, supongo que aguantaré todo el tiempo —le dije—. Ya que estoy aquí, vale la pena intentar hacerte quedar mal, Zack.

Sonrió socarronamente.

—No vas a durar trece minutos y veinte segundos —afirmó confiado—. No podrás.

—¿Sabes qué? —le dije furioso por el tono presumido de su voz —. Me voy a quedar aquí hasta superar ese tiempo.

Y eso fue lo que hice. Me quedé quieto, apoyado en el marco del espejo, mientras April contaba los minutos.

Me fue bien hasta poco después de que ella anunciara once minutos. Después, de repente, el brillo de la luz comenzó a hacerme daño en los ojos.

Los cerré, pero eso no me facilitó las cosas. El brillo de la luz se hizo más intenso, más hiriente. Parecía cubrirme, envolverme todo.

Y entonces comencé a sentirme mareado y ligero. Como si fuera a salir flotando, aunque sabía que estaba de pie en el mismo sitio.

—¿Me oís? —grité—. Creo que ya es suficiente.

Oía mi voz en la lejanía.

La luz me inundaba. Sentí que me volvía más y más ligero y tuve que esforzarme para no perder el contacto con el suelo y empezar a flotar.

Solté un grito agudo y el pánico se apoderó de mí.

—Zack… ¡haz que regrese! —grité.

—Ahora voy, Max, tranquilo —respondió Zack.

Parecía estar a kilómetros y kilómetros de distancia.

Hice esfuerzos por verlo a través de la cegadora luz amarilla. Parecía una imagen oscura detrás de un muro de luz, una imagen oscura que se acercaba rápidamente al espejo.

—Enseguida te hago regresar, Max. Espera —le oí decir.

La luz resplandecía más todavía. Me hacía mucho daño. Me dolía incluso con los ojos cerrados.

—Zack, tira del cordel —insistí.

Abrí los ojos y vi su sombra borrosa estirarse hacia el cordel.

«¡Tira!, ¡tira!, ¡tira!», le urgí en silencio.

Sabía que en un segundo la luz se apagaría y estaría a salvo.

Un segundo.

Un tirón.

«¡Venga, Zack! ¡Venga!»

Zack se estiró hacia el cordel, lo agarró.

En ese momento oí otra voz en el cuartito. Una voz nueva con un matiz de sorpresa.

—Hola. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué estáis haciendo?

Vi la imagen borrosa de Zack soltar el cordel y alejarse sin tirar de él.

Mi madre estaba en el cuartito.

22

—Por favor… ¡tira del cordel! —supliqué.

Nadie parecía oírme.

—Estamos jugando —oí que respondía Zack a mi madre.

—Pero ¿dónde está Max? —le preguntaba ésta—. ¿Cómo habéis encontrado este cuartito? ¿Qué es lo que hacéis aquí?

Su voz parecía salir del fondo del mar, lejana.

Sentí que la luz comenzaba a titilar en todo el cuartito, encendiéndose y apagándose. Me agarré con fuerza al marco del espejo, haciendo lo imposible para no flotar.

—¿Me oís? —gemí—. Por favor, ¡que alguien tire del cordel! ¡Quiero regresar!

No eran más que sombras borrosas envueltas en la luz intensa. Al parecer no me oían.

Agarrando con fuerza el marco, vi una sombra que se acercaba al espejo. Mi madre. Dio una vuelta a su alrededor, admirándolo.

—No puedo creer que no hayamos descubierto antes este cuartito. ¿De dónde salió este espejo? —le oí preguntar.

Estaba parada muy cerca de mí. Todos lo estaban.

Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

—Por favor, ¡haced que regrese! —chillé.

Esperé a oír una respuesta. Pero las voces se alejaban.

Las sombras borrosas se movían vacilantes. Traté de alcanzarlas pero estaban muy lejos.

Solté el marco del espejo y comencé a flotar.

—Mamá, estoy aquí. ¿No me puedes oír? ¿No puedes hacer

algo?

Floté frente al espejo, ligero, sin peso.

Mis pies ya no tocaban el suelo y el resplandor me había cegado por completo.

Floté hacia el vidrio del espejo, hacia la lámpara.

Sentía que la luz me atraía como un imán.

Entonces el espejo me absorbió.

Sabía que estaba dentro del espejo, en medio de una amalgama de colores borrosos, como cuando uno está sumergido en el agua.

Flotaba en medio de jirones de luz y color, alejándome silenciosamente de mis amigos, de mi madre, del cuartito en la buhardilla.

Me introduje en el espejo.

Me introduje en un mundo ondulante y difuso de luz y color.

—¡Ayudadme! —grité.

Pero los colores borrosos y cambiantes apagaban el sonido de mi voz.

—¡Quiero regresar! ¡Quiero regresar!

Pero cada vez me hallaba más profundamente inmerso en el espejo.

Los colores fueron dando paso a formas grises y negras. Hacía frío ahí dentro. Un frío vítreo.

A medida que me adentraba, las formas grises y negras comenzaron también a desdibujarse. Ahora el mundo se volvía blanco, sin sombras.

Miré fijamente hacia delante, sin llamar a nadie. Estaba demasiado asustado para hacerlo, amedrentado por el mundo frío de marfil en que había entrado.

—Hola, Max —dijo una voz familiar.

—¡Ay! —grité, al darme cuenta de que alguien me acompañaba.

23

De mis labios escapó un grito de terror y fui incapaz de articular una palabra.

La silueta se acercó rápidamente, en silencio, a través del mundo blanco y frío del espejo. Me sonrió con una mueca familiar.

—¡Tú! —logré decir.

Se detuvo a pocos centímetros de mí.

No podía creer lo que estaba viendo.

Me estaba viendo a mí mismo. A mí. Me sonreía a mí. La sonrisa era tan fría como el vidrio que nos envolvía.

—No tengas miedo —me dijo—. Soy tu reflejo.

—¡No!

Sus ojos… mis ojos… me examinaban vorazmente, como un perro a un hueso carnoso. Su sonrisa se hizo más amplia cuando grité asustado.

—Te he estado esperando —me dijo mi reflejo, clavando sus ojos en los míos.

—¡No! —repetí.

Me di la vuelta.

Sabía que tenía que escapar.

Me eché a correr.

Pero unas caras delante de mí me detuvieron. Caras infelices, distorsionadas, docenas de ellas, caras de espejos de feria con ojos enormes y bocas pequeñitas cerradas por la tristeza.

Las caras parecían moverse justo delante de mí. Los ojos abiertos, fijos en mí, las boquitas moviéndose rápidamente como si

trataran de llamarme y advertirme que me escapara.

¿Quién era esa gente? ¿De quiénes eran esas caras?

¿Por qué estaban dentro del espejo conmigo?

¿Por qué sus distorsionadas imágenes expresaban tanta tristeza y dolor?

—¡No!

Tragué saliva cuando me pareció reconocer dos de las caras flotantes, gesticulando de forma descontrolada.

¿Eran Zack y Erin?

No.

Eso era imposible, ¿o no?

Los miré fijamente. ¿Por qué me hablaban tan aceleradamente? ¿Qué intentaban decirme?

—¡Ayudadme! —les pedí. Pero parecían no oírme—. Ayudadme, ¡por favor!

De repente sentí que me agarraban por los hombros con fuerza y me quedé enfrentado a los ojos de mi reflejo.

—No te vas a escapar —me advirtió. El eco de su voz resonó a través de la quietud, como hielo rascando el vidrio.

Forcejeé, tratando de liberarme, pero mi reflejo me agarraba con fuerza.

—Soy yo quien va a salir —me dijo—. He estado esperando mucho tiempo. Desde que encendiste por primera vez la luz. Ahora me toca salir para unirme a los demás.

—¿A los demás? —grité.

—Tus amigos se rindieron fácilmente —dijo—. No opusieron resistencia. El cambio ya se hizo, y ahora tú y yo también cambiaremos nuestros papeles.

—¡No! —chillé, y mi grito pareció retumbar a través de paisajes helados.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —me preguntó, acercándome la cara a la suya—. ¿Le tienes miedo a tu otro lado, Max?

Me miró intensamente.

—Eso es lo que soy —dijo—. Soy tu reflejo. Tu otro lado. Tu lado frío. No me tengas miedo. Tus amigos no tuvieron miedo. Hicieron el cambio sin oponer resistencia. Ahora ellos están dentro del espejo. Y sus reflejos…

Se interrumpió. No hacía falta que terminase su discurso, yo ya sabía lo que quería decir.

Finalmente comprendí qué les pasaba a Erin y Zack. Entendí por qué los veía diferentes. Estaban al revés. Eran su reflejo.

Y también comprendí por qué me habían empujado hacia el espejo, por qué me habían forzado a desaparecer también.

Me di cuenta de que si no hacía algo, mi reflejo tomaría mi lugar afuera. Mi reflejo entraría en la buhardilla. Y yo me quedaría atrapado para siempre dentro del espejo, atrapado para siempre junto a las caras largas y tristes.

Pero ¿qué podía hacer?

Decidí ganar tiempo haciendo preguntas que me dieran la posibilidad de pensar mientras tanto.

—¿De quién es el espejo? ¿Quién lo fabricó? —pregunté.

—¿Y yo qué sé? Recuerda que sólo soy tu reflejo.

—Pero ¿cómo…?

—Llegó la hora —dijo con ansiedad—. No trates de ganar tiempo con preguntas absurdas. Es hora de cambiar nuestros puestos. ¡Ha llegado el momento, ahora tú te convertirás en mi reflejo!

24

Me escapé.

Empecé a correr.

Las caras distorsionadas y tristes flotaban ante mis ojos.

Así que los cerré para no hacerles caso.

No podía pensar. Apenas podía respirar.

Se me inflaban las piernas. Los brazos se me separaban del cuerpo. Todo era tan claro y brillante que no sabía si me estaba moviendo o no. No notaba el suelo bajo los pies. No había paredes ni techo. No sentía el roce del aire en las mejillas al correr.

Pero el miedo me mantuvo en movimiento. A través de la luz vacilante, clara y fría.

Mi reflejo me perseguía.

No podía oírlo.

No proyectaba sombra.

Pero sabía que me estaba pisando los talones.

Y sabía que si me alcanzaba estaría perdido. Perdido dentro de ese mundo vacío, sin ver, oír, oler ni tocar nada. Perdido en el vidrio frío para siempre.

Me convertiría en otra cara triste y silenciosa.

Así que continué corriendo.

Hasta que volvieron los colores.

Hasta que la luz dibujó siluetas.

Y vi sombras que se movían y pasaban frente a mí.

—¡Detente, Max! —oí que decía la voz de mi reflejo detrás de mí—. ¡Detente ahí mismo!

Pero ahora era él quien parecía preocupado.

Así que seguí corriendo, metiéndome entre los colores y las figuras que se movían.

De repente, Zack apagó la luz.

Y salí del espejo como una tromba, penetrando de nuevo en el cuartito de la buhardilla, en una multitud de sonidos, de colores, de superficies duras, de cosas reales. En el mundo real.

Me puse de pie jadeando, tratando de recuperar el aliento. Comprobé la resistencia de mis piernas dando patadas en el suelo, el suelo sólido y duro.

Dirigí la mirada hacia mis amigos, que estaban parados frente a mí, sobrecogidos de espanto. Mi madre, supuse, ya había vuelto a bajar.

—¿Lograste hacer el cambio? —preguntó Zack con ansiedad.

—¿Eres uno de los nuestros? —preguntó al mismo tiempo Erin.

—No —contestó una voz, mi voz, detrás de mí.

Todos contemplamos el espejo.

Dentro, mi reflejo, enrojecido y furioso, nos miraba con las manos apoyadas en el vidrio.

—Se ha escapado —dijo el reflejo a mis amigos—. No se ha hecho el cambio.

—¡No entiendo nada! —gimió April—. ¿Qué es lo que sucede?

Zack y Erin no le hicieron caso.

Se abalanzaron sobre mí y me agarraron por los brazos.

—No se ha hecho el cambio —repitió mi reflejo desde dentro del espejo.

—No pasa nada —le respondió Erin.

Ella y Zack me forzaron a ponerme frente al espejo.

—Vas a entrar otra vez, Max —dijo Zack enfadado.

Y tiró del cordel.

25

La luz se encendió como un relámpago.

Me hice invisible. Mi reflejo permanecía en el espejo. Apoyado con las manos abiertas, en la superficie interior del vidrio.

—Te estoy esperando, Max —me dijo—. Dentro de pocos minutos estarás aquí conmigo.

—¡No! —grité—. Me marcharé. Me iré al piso de abajo.

—No, no irás a ninguna parte —me amenazó el reflejo meneando la cabeza—. Erin y Zack no te dejarán escapar. Pero no tengas miedo, Max, no duele. De verdad.

Sonrió. Era mi sonrisa. Pero era fría y cruel.

—No entiendo —protestó April desde la puerta—. ¿Por qué no me explicáis qué sucede?

—Ya te darás cuenta, April —le dijo Erin tranquilizándola.

«¿Qué puedo hacer? —pensé, helado del pánico—. ¿Qué puedo hacer?»

—Sólo unos pocos minutos más —dijo mi reflejo con calma, celebrando su victoria por adelantado. Su libertad.

—April, ¡ve a buscar ayuda! —supliqué.

Ella se volvió al oír mi voz.

—¿Qué?

—¡Ve a buscar ayuda! Ve abajo. ¡Que te ayuden! ¡Rápido! —grité.

—Pero… no entiendo… —April dudaba.

Erin y Zack trataron de impedirle el paso.

De pronto la puerta se abrió.

Zurdi se asomó por la puerta, echó un vistazo a su alrededor y descubrió mi reflejo.

Debió de pensar que mi reflejo era yo.

—¡Rápido! —gritó, y le lanzó una pelota.

La pelota se estrelló contra el espejo.

Vi la cara de susto de Zurdi, oí el estallido y vi que el espejo se rompía, se hacía añicos.

Mi reflejo no tuvo tiempo de reaccionar. Se rompió en fragmentos de vidrio y cayó al piso.

—¡Nooooo! —chillaron Erin y Zack.

Me hice visible otra vez justo cuando los reflejos de Erin y Zack empezaron a flotar. El espejo roto los absorbió mientras ellos gritaban y lloraban. Los dos reflejos fueron aspirados por el espejo, lloraban y se dividían en pedazos, cientos de pedazos.

—¡Basta! —lloraba Zurdi, agarrando la puerta con todas sus fuerzas, apretando su cuerpo contra el marco, luchando para no ser absorbido.

En ese momento Erin y Zack cayeron al piso de bruces. Miraban, ofuscados y confundidos, los pedazos de espejo que habían caído al suelo, a su alrededor.

—¡Habéis regresado! —grité con alborozo—. ¡Sois vosotros de verdad!

—Sí, soy yo —dijo Zack, tambaleándose y ayudando a Erin a levantarse.

El espejo había estallado. Los reflejos habían desaparecido.

Erin y Zack miraron a su alrededor, aún alterados y desorientados.

April me miraba sin comprender.

Zurdi permanecía fuera, meneando su cabeza.

—Max —me dijo— tendrías que haber atrapado la pelota. Era fácil.

Erin y Zack habían regresado. Y estaban bien.

No pasó mucho tiempo antes de que todo volviera a la normalidad.

Les explicamos todo a April y a Zurdi de la mejor manera

posible.

April se marchó a su casa. Tenía que cuidar a su hermanita.

Erin y Zack, los auténticos Erin y Zack, me ayudaron a barrer los pedazos de vidrio. Enseguida cerramos la puerta que conducía al cuartito. Fijé bien el cerrojo y cubrimos la puerta con cartones.

Sabíamos que nunca entraríamos allí de nuevo.

Juramos no contarle a nadie, nunca, que nos habíamos hecho invisibles. No queríamos que nadie supiera la historia del espejo y lo que nos había sucedido en el cuartito. Después, Erin y Zack se fueron para sus casas.

Más tarde, Zurdi y yo fuimos al patio trasero.

—¡Qué susto! —le dije a Zurdi estremeciéndome—. No te lo puedes ni imaginar.

—No parece divertido —respondió Zurdi, algo indiferente. Se pasaba la pelota de una mano a otra—. Pero al menos ya ha pasado todo. ¿Quieres que juguemos a pelota?

—No —respondí meneando la cabera. No tenía ánimos para eso. Pero al poco rato cambié de parecer—. A lo mejor me distraigo y dejo de pensar en lo que ha pasado esta mañana —dije.

Zurdi me lanzó la pelota y corrimos los dos hacia la parte de atrás del garaje, nuestro campo de juegos favorito.

Le devolví la pelota.

Nos divertíamos bastante.

Pasaron cinco minutos.

Hasta… Hasta que… me quedé paralizado, helado.

¿Acaso mis ojos me estaban traicionando?

—Ahí va una rápida —dijo él, tirándome la pelota.

¡No! ¡No! ¡No!

Me quedé boquiabierto, viendo la pelota pasar por mi lado.

Ni siquiera intenté cogerla. No pude moverme.

Sólo la miraba fijamente, horrorizado.

Mi hermano estaba tirando la pelota con la mano derecha.

Fin